

Aunque las políticas de emergencia han cristalizado en un nuevo orden político, el sistema bipartidista vigente en Europa también ha sido objeto de tensiones crecientes. Los desacreditados partidos de centro-izquierda de la Internacional Socialista han sido abandonados por sus votantes naturales, que se han movido tanto hacia la derecha como hacia la izquierda. Mayormente, la ira de la población ha encontrado expresión a través de partidos antiestablishment ya existentes: el United Kingdom Independence Party (UKIP) y el Front National en Inglaterra y Francia; el Scottish National Party (SNP) y el Sinn Féin en Escocia e Irlanda; Syriza en Grecia. En Italia y en España, sin embargo, los partidos antiausteridad se han creado desde cero, siendo los primeros partidos de masas de izquierdas que se crean en todo el mundo desde el surgimiento del PT brasileño en 1982. En Grecia, la gestión de la Troika ha forzado al gobierno de Syriza a enfrentarse al régimen de la Eurozona liderado por Alemania; para Podemos en España, y para el Movimiento 5 Stelle (M5S) en Italia, el principal objetivo es aun el sistema nacional y su orden dominante, a los cuáles ambos denominan la casta. Sin embargo, a diferencia del M5S, Podemos tiene un movimiento de protesta de masas detrás suyo: el movimiento de indignados de mayo de 2011 y, a posteriori, la acción directa contra los desahucios y los recortes. También, tanto generacionalmente como por formación, sus líderes son realmente diferentes. El núcleo central de los profesores de la Universidad Complutense de Madrid que funda Podemos en 2014 es, como media, treinta años más joven que los dirigentes del M5S. Se trata de intelectuales y publicistas, que se radicalizaron durante la década de 1990 a través de las corrientes antagonistas de la teoría política negriana y de los movimientos antiglobalización, y que perfeccionaron en un primer momento sus habilidades comunicativas en televisiones comunitarias. La confianza adquirida trabajando con los gobiernos radicales de Bolivia, Ecuador o Venezuela permite explicar la audacia de su intento de movilizar el descontento de los indignados en un proyecto político nacional. Pablo Iglesias, el secretario general de Podemos, nació en una familia de izquierda madrileña en 1978 y se curtió como activista estudiantil en el Partido Comunista de España. Iglesias estudió Derecho, Ciencias Políticas y Estudios Cinematográficos, pasando del posoperatismo —su tesis doctoral levaba por título Multitud y acción colectiva posnacional— a la crítica cultural gramsciana: Maquiavelo frente a la gran pantalla (2013) ofrece análisis de Algunos hombres buenos, Dogville, Katyn, Ispansi, Amores perros y la Lolita de Kubrick a través de las lentes de Gramsci, Said, Agamben, Wallerstein, Brecht, Harvey y Butler. Disputar la democracia (2014) es un duro manifiesto de denuncia contra la corrupción del sistema político español entendido como consustancial a un modelo de desarrollo basado en la especulación inmobiliaria. En vísperas de las elecciones regionales españolas que se celebrarán en mayo de 2015, Iglesias expone el pensamiento estratégico que ha dado lugar a Podemos y, a continuación, responde a las preguntas de la NLR sobre el proyecto.

Mapa de España y sus Comunidades Autónomas



PABLO IGLESIAS

ENTENDER PODEMOS

En ciertos momentos de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales [...]. En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido es el mismo: la crisis de hegemonía de la clase dirigente.

Antonio Gramsci

Todo cambio político en un sentido progresista pasa por constituir al pueblo como actor colectivo. Y esto requiere la agregación de demandas: demandas individuales que confluyen en imágenes comunes y una cierta dicotomización del espacio político.

Ernesto Laclau

El único punto de partida concebible hoy para una izquierda realista consiste en tomar conciencia de la derrota histórica.

Perry Anderson

CON ESTE ARTÍCULO pretendo explicar a los lectores de la *New Left Review*, que es una de mis revistas de referencia, los análisis e hipótesis fundamentales que han informado nuestra estrategia política. Este artículo quizá represente la reflexión más trabajada que he podido llevar a cabo, desde que fui elegido secretario general de Podemos, para explicar qué somos, de dónde venimos y adónde queremos ir. La relevancia que pueda tener este texto no está tanto en el nivel teórico de mis reflexiones como en el hecho de que, por primera vez, se explica de primera mano el fenómeno Podemos a los lectores de una revista de referencia para la izquierda en todo el mundo. En el ámbito de habla española, y a fortiori fuera del mundo hispanohablante, todavía no hay muchos análisis sobre Podemos más allá de

ciertos trabajos periodísticos. Algunos de ellos son excelentes, pero tienen lógicamente un carácter diferente al que tiene este texto. En este artículo hablo con mi propia voz, permitiéndome llegar algo más lejos de lo que me atrevo a hacer cuando concedo entrevistas a medios de comunicación convencionales, pues aquí busco la complicidad con los lectores de esta revista. Se percibirá en el texto que combino mi rol de secretario general con el de politólogo; al fin y al cabo, sin el segundo el primero no habría sido posible y esa es, sin duda, una de las principales características de nuestra fuerza política.

Una izquierda realista

La explosión de la crisis financiera de 2008 ha producido una serie de imprevistas consecuencias políticas, especialmente en Europa. ¿Cómo pueden las fuerzas de la izquierda radical responder del modo más adecuado a este desafío sin precedentes? Ante la inédita situación política creada por la crisis de la eurozona, nuestro punto de partida fue el reconocimiento de la derrota de la izquierda durante el siglo XX, ya registrado por Perry Anderson en el editorial de la *New Left Review* que abrió la segunda serie de la revista en 2000, año en el que precisamente se lanzó esta edición en castellano. El único punto de partida concebible hoy para una izquierda realista consiste, pues, en tomar conciencia de la derrota histórica y esa conciencia del resultado del siglo XX, se lo aseguro, es una de nuestras hipótesis¹.

Eric Hobsbawm enmarcó el siglo XX entre la Revolución bolchevique y la caída del Muro de Berlín. Aquel siglo breve conoció los horrores del fascismo en sus diferentes modalidades nacionales, dos guerras mundiales, el holocausto nazi, las formas más violentas de colonialismo y neocolonialismo militar, político y económico y los espantos y mediocridades de los regímenes del llamado socialismo real, además de un largo etcétera de horrores del pasado reciente que podría ser interminable. Sin embargo, el corto siglo XX de Hobsbawm fue también el siglo de la esperanza y del progreso social. El avance de los movimientos socialistas y de las organizaciones sindicales y populares en los países

¹ «The only starting-point for a realistic left today is a lucid registration of historical defeat»: Perry Anderson, «Renewals», *NLR* 1, enero-febrero de 2000, pp. 16, 13-14; ed. cast.: «Renovaciones», *NLR* 2, Madrid, mayo-junio de 2000. Anderson abogaba por un realismo sin contemplaciones, oponiéndose a todo tipo de acomodo con el sistema dominante y rechazando cualquier infravaloración de su poder [Las notas de este artículo son responsabilidad de la *NLR*].

centrales se tradujo en derechos sociales y políticos para sectores cada vez más amplios de la población y en una concepción de la democracia vinculada a unas mínimas bases materiales de bienestar. En las áreas centrales, en especial en Europa Occidental, pero también en Estados Unidos la economía de libre empresa se hizo compatible con formas de redistribución de la riqueza y con la mejora del nivel de vida de una parte considerable de los sectores subalternos, en particular de la clase obrera empleada en los sectores económicos que contaban con una fuerte presencia sindical. Las constituciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial en Europa Occidental fijaron un nuevo contrato social con el que una parte considerable de las mayorías sociales de estos países tuvieron mucho que ganar.

Las Revoluciones Rusa y China no fueron capaces de compatibilizar la redistribución económica con la democracia, pero tuvieron un efecto industrializador y modernizador innegable. El esfuerzo bélico soviético en la Segunda Guerra Mundial no solo fue la condición de posibilidad de la derrota del fascismo, sino también una demostración del desarrollo económico soviético. Las reglas políticas de la Guerra Fría estuvieron condicionadas por el peso geopolítico, primero, de la Unión Soviética y después de China, y aunque de ningún modo constituían una realidad moralmente aceptable, permitieron, no obstante, imaginar posibilidades emancipadoras para muchos actores políticos en todo el mundo. La sola existencia de la URSS representaba un contrapeso geopolítico notable al intervencionismo de Estados Unidos, y si bien la lógica de la Guerra Fría generó en ambos bandos Estados satélites privados de soberanía, aquella situación fortaleció los Estados del bienestar y la extensión de los derechos sociales en Europa Occidental. En las áreas periféricas, los movimientos de liberación nacional se enfrentaron al colonialismo haciendo emerger nuevas naciones que, al menos en el terreno político-militar, desafiaron la hasta entonces indiscutible hegemonía euroestadounidense, como se ejemplificó en las guerras de Vietnam y Argelia.

El siglo xx fue también el siglo del avance social en los que el viejo marxismo llamaba torpemente «frentes secundarios». Los movimientos de mujeres, los de las minorías (étnicas, sexuales...), los movimientos de defensa del medioambiente y toda la gama de nuevos y novísimos movimientos sociales fueron la expresión de nuevos avances democráticos.

Líneas de fractura

Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa Occidental y Japón, al menos hasta la crisis del petróleo, experimentaron una notable recuperación económica, que les hizo alcanzar altos niveles de desarrollo y de bienestar para importantes sectores de sus poblaciones que en muchos casos superaron los logros registrados en Estados Unidos, país que siguió aplicando con éxito recetas keynesianas, en un contexto de fordismo económico y político, hasta finales de la década de 1970. Las décadas de 1960 y 1970 fueron también años de emergencia en los países centrales, apareciendo en la escena política las reivindicaciones llamadas posmateriales, como consecuencia de la escolarización masiva y de las nuevas sociedades de consumo construidas durante el periodo de posguerra.

Sin embargo, a partir de la crisis del petróleo de esa última década, los sectores dominantes globales apostaron por nuevas estrategias políticas, que pasaban por empoderar a los sectores financieros y por acelerar los procesos de integración económica mundial. Aquella intensificación de la globalización económica, de signo político neoliberal, implicó cambios tales como la desregulación financiera, que acabó con el sistema monetario y financiero de Bretton Woods y vino acompañada por un extraordinario desarrollo de los transportes así como de las tecnologías de la información y la comunicación.

En los países centrales se produjeron privatizaciones y se redujo, tras durísimos conflictos, la capacidad de negociación de los sectores organizados de la clase trabajadora. Se empezaron a contener las subidas salariales y a limitar los instrumentos de protección social, al tiempo que se producían deslocalizaciones productivas hacia áreas donde la mano de obra era barata y carecía de poder social y político. En los países periféricos, el neoliberalismo se tradujo en la imposición de planes de ajuste estructural, a veces respetando, hasta cierto punto, la democracia procedimental (Corea del Sur, desde 1987) y a veces no (Chile, desde 1973).

En este contexto de derrota para las izquierdas existentes y sus proyectos de gestión y transformación desde el Estado, el pensamiento crítico quedó en buena medida reducido al trabajo de universitarios, con escasa influencia real en las organizaciones políticas de la izquierda. Mientras que durante la primera mitad del siglo xx la producción teórica provenía en buena medida de dirigentes políticos y existía una cierta correlación

entre praxis teórica y praxis política, durante la segunda el llamado «marxismo occidental» y las diferentes teorías críticas se convirtieron en áreas de reflexión y trabajo intelectual de profesionales universitarios más que en una actividad política orgánica. De hecho, las propias temáticas y áreas de investigación propias de los pensadores críticos actuales tienen que ver con ese contexto de derrota.

En los últimos quince años, sin embargo, a pesar del estrechamiento de las condiciones de posibilidad de la política, derivadas del vaciamiento de las soberanías estatales, aparecieron adversarios políticos al neoliberalismo no solo en forma de movimientos sociales, sino también haciendo política desde el Estado. En América Latina, en general en contextos de profunda crisis económica y de Estado, formaciones políticas populares y progresistas obtuvieron éxitos electorales que posibilitaron políticas públicas de recuperación de la soberanía, tanto en términos nacionales como continentales. Aunque el contexto en el que se han producido estos procesos presenta muchas diferencias (historia económica y estructura social y cultural, fortaleza de los Estados, posición geopolítica, etcétera) respecto a las condiciones imperantes en el sur de Europa, la situación de derrota histórica de la que partía la vieja izquierda latinoamericana tras las desastrosas décadas de 1980 y 1990 debe hacernos recordar que la política, como escenario de conflictos y situaciones cambiantes, nunca concluye por difícil que sea el contexto en el que opere.

Al mismo tiempo, lo que hace dos décadas se revelaba inequívocamente como unilateralismo y predominio de Estados Unidos ha dado lugar a un escenario global en el que nuevas y viejas superpotencias están reemergiendo como actores claves del momento presente. Las reformas de Deng Xiaoping en China demostraron la viabilidad de un ultracapitalismo planificado por el Estado y convirtieron al país de la Revolución Cultural en el primer centro industrial del mundo y en un poderoso actor internacional, cuya influencia es creciente. En la «región pivote», la Rusia semidemocrática de Putin no deja de dar muestras, tras el desmantelamiento de la URSS, de que el poder ruso ha vuelto a la escena internacional para quedarse. El mundo, aun sin la amenaza del viejo fantasma, vive una transición geopolítica en la que el poder político global está experimentando una redistribución que se expresa en el desplazamiento del centro económico del Atlántico Norte al sur y al este de Asia; en la dificultad de las políticas de austeridad para mantener la estabilidad política en Europa; en la emergencia de los llamados BRICS

(Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica); y en el debilitamiento de las capacidades soberanas de los Estados nacionales.

Europa en crisis

La versión neoliberal europea que sucedió a la recesión económica de la década de 1970 encaminó la dirección política de la Comunidad Europea hacia el progresivo desmantelamiento de los Estados del bienestar. La desaparición del bloque del Este fue un enorme espaldarazo al consenso de Washington y al proyecto europeo asociado al poder de las finanzas y al predominio alemán que adquiriría rango constitucional con el Tratado de Maastricht de 1994. A tenor de este último, los Estados adheridos entregaban nada menos que su soberanía monetaria a un Banco Central «independiente». De este modo, en la Europa alemana de Maastricht los únicos mecanismos de intervención estatal en la economía que quedaban vigentes eran los recortes sociales, la contención de los salarios o el fomento de la emigración. Los criterios de convergencia y el Pacto de Estabilidad terminaron de asegurar el predominio alemán. En la Unión Europea constitucionalizada por Maastricht y por el Tratado de Lisboa no hay apenas margen para políticas macroeconómicas nacionales. Puede decirse, de hecho, que las movilizaciones y huelgas organizadas en los distintos países europeos durante las dos últimas décadas no fueron sino trincheras para retrasar el avance continuo de un proceso de desgaste de la soberanía nacional de los diferentes países.

La crisis de 2008, iniciada en Estados Unidos en forma de crisis hipotecaria, se extendió a Europa con efectos desastrosos para los llamados PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España), donde millones de personas perdieron sus empleos al tiempo que millares de familias fueron desahuciadas y los sistemas de salud y educación públicos vieron acelerarse su privatización y desmantelamiento progresivos. Estas circunstancias están teniendo consecuencias en Europa, y en particular en Europa del Sur, políticamente impredecibles. El caso español, con el surgimiento de Podemos, es un ejemplo, pero también lo son Irlanda y Grecia y, a su manera, Francia e Italia. La crisis hipotecaria de Estados Unidos se extendió a Europa. Los programas de austeridad acabaron con la idea de Europa como modelo y reserva de los derechos sociales. En buena parte de los países de la europeriferia simplemente se desplazó de los bancos a los ciudadanos la carga y las consecuencias de la crisis.

Cuando la crisis llegó a Europa, Alemania y sus ricos aliados septentrionales defendieron la aplicación inmediata de planes de austeridad en los países del sur, que jamás aplicarían a sus propias comunidades nacionales. La crisis actual ha dejado a Europa con una división del trabajo Norte-Sur en la que al Sur le toca especializarse en productos y servicios de mano de obra barata, al tiempo que sus jóvenes más preparados se ven obligados a emigrar. A España se la está obligando a ocupar, como al resto de los PIIGS, una posición periférica que se traduce en la pérdida de buena parte de las conquistas sociales históricas. En este contexto, los presupuestos de la UE para 2014-2020 han representado la victoria de Alemania y de sus aliados partidarios de la austeridad en el sur de Europa. Nuestro país, ejemplo de éxito económico citado hasta hace poco por los defensores de la actual moneda única y del Tratado de Lisboa, padece una situación social humillante, resultado de un modelo de desarrollo fundamentado en burbujas inmobiliarias y pelotazos urbanísticos, administrado y promovido por las elites políticas de los viejos partidos españoles, el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

Sin embargo, nuestra emergencia como fuerza política que aspira a redefinir electoralmente el tablero político, así como la de formaciones amigas en diversos países europeos (en particular en Grecia donde por fin hay un Gobierno que, reivindicando su soberanía, defiende una Europa social), permite pensar en una posibilidad de cambio político que avance por una senda de recuperación de los derechos sociales. Es evidente que no puede hablarse de revolución, en el sentido histórico del término, ni de nada que pueda llamarse transición al socialismo, pero sí de procesos de recuperación de la soberanía que limiten el poder de las finanzas, impulsen transformaciones en los modelos productivos, aseguren una mayor redistribución y apuesten por una reconfiguración de la institucionalidad europea en un sentido democrático.

¿Crisis de régimen? La crisis orgánica en España

Lo que Antonio Gramsci definió como hegemonía es el poder de las elites para convencer a los grupos subalternos de que sus intereses coinciden con los suyos, obteniendo a partir de ahí un consenso general que les incluye aun cuando sea de manera subordinada. Una crisis orgánica es la pérdida de hegemonía de esas elites, que suele manifestarse en la dificultad de las instituciones dominadas por ellas (por ejemplo, los partidos, aunque no solo) para mantener y renovar la legitimidad

que disfrutaban. En España, como en otros países europeos, la crisis económica generó una crisis orgánica, concretada en términos políticos en lo que nosotros llamamos una crisis de régimen, esto es, el agotamiento de modelo político y social surgido del proceso de transición a la democracia acaecido tras la muerte de Franco en 1975 y el paulatino desmantelamiento parcial de la dictadura durante los años siguientes de consolidación democrática. Si la mayor expresión social de la crisis orgánica fue el movimiento 15M, su mayor expresión política ha sido Podemos. La denominada Transición fue el proceso político de transformación del franquismo en un sistema demoliberal equiparable al de muchos países occidentales. Aquel proceso se caracterizó por no afectar a la posición de las elites económicas españolas y por favorecer el reciclaje de buena parte de las viejas elites políticas franquistas, que continuaron en posiciones de poder tanto en los aparatos del Estado como en las principales instituciones, incluso tras la abrumadora victoria de los socialistas en 1982.

El espíritu de consenso que presidió la actitud tanto de las elites políticas posfranquistas como de la oposición democrática, unido al compromiso de los principales medios de comunicación con el proceso, sobre todo el grupo Prisa y el diario *El País*, se convirtieron en norma jurídica con la Constitución de 1978 y en proyecto de desarrollo económico con los Pactos de la Moncloa. Estos últimos optaban básicamente por la moderación salarial y el cierre del ciclo de luchas obreras, que había sido muy intenso desde principios de la década de 1970, a cambio de inconcretos beneficios sociales y promesas de desarrollo económico equilibrado por parte de la patronal. Fueron suscritos en 1977 por el Gobierno de Adolfo Suárez, los principales partidos políticos con representación parlamentaria y los sindicatos Comisiones Obreras, vinculado al Partido Comunista de España, y la Unión General de Trabajadores, de filiación socialista. Poco a poco, a pesar del desencanto de ciertos sectores de la izquierda y de la resistencia de los nacionalismos catalán y vasco (y en menor medida gallego), bien asentados electoralmente, ese consenso se ganó el apoyo de una mayoría de la población española. Aquella nueva institucionalidad plasmada en una «monarquía constitucional» garantizó la inserción de España en la Comunidad Europea y en la OTAN y apenas tuvo costes, como decimos, para las elites económicas. Este era el «régimen de la Transición».

Los modestos resultados electorales del Partido Comunista de España en las elecciones de 1978 no modificaron su táctica posibilista, que seguía la misma línea pragmática (llamada eurocomunismo) y asumía el mismo estilo conservador que sus partidos hermanos francés e italiano. Al calor de los debates posibilistas del eurocomunismo, de sus magros resultados electorales y de la desarticulación de buena parte de los movimientos sociales, Manuel Sacristán (la mejor cabeza del marxismo español) constataba la derrota histórica del movimiento obrero y de la izquierda en el nuevo contexto socioeconómico tendente al consumismo, marcado por el peso cultural creciente de los medios de comunicación de masas y por una realidad internacional que imponía muchos límites a las posibilidades de transformación política en el sur de Europa². Tal situación dejaba un escenario político impracticable para una izquierda que quisiera hacer transformaciones desde el Estado. La realidad no solo revelaba la imposibilidad absoluta de la revolución y el socialismo (resulta casi conmovedor, visto desde nuestro presente, que hubiera dirigentes políticos que creyeran en la viabilidad de tales proyectos en nuestro país, aunque seguramente en realidad nunca lo hicieron), sino incluso la inviabilidad electoral de proyectos políticos transformadores más modestos en un contexto de hegemonía neoliberal en ascenso. El fracaso de Mitterrand y del llamado Programa Común de la izquierda en Francia es un buen ejemplo de las dificultades del momento para apartarse de la nueva ortodoxia de los poderes financieros. Para Sacristán, lo que había que hacer, *mientras tanto*, era asumir la acción política en microescalas alejadas del Estado y en «lo social»; en movimientos ecologistas, pacifistas, feministas, en formas alternativas de vida cotidiana, etcétera. Probablemente no había mejor opción en aquel contexto.

Más allá del hecho de que en las llamadas sociedades avanzadas tanto las políticas públicas como la actividad de la economía privada terminan influyendo más en las microescalas que cualquier práctica de movimiento, hoy no estamos en una situación de *mientras tanto*. Por el contrario, hoy vivimos una crisis orgánica (de hegemonía social y política de las elites) consecuencia de una crisis económica que ha generado una crisis de régimen. Tal situación nos sitúa en un escenario de posibilidad

² Para una visión alternativa, que sostenía que una alianza entre el PCE y el PSOE podría haber arrancado un cuadro significativamente más democrático del régimen franquista, teniendo en cuenta especialmente los elevados niveles de militancia obrera, véanse los dos artículos de Patrick Camiller: «Spanish Socialism in the Atlantic Order», *NLR* 1/156, marzo-abril de 1986, y «The Eclipse of Spanish Communism», *NLR* 1/147, septiembre-octubre de 1984.

de alteración del tablero político español, inédito desde la Transición. En cualquier caso, es importante no olvidar que en España no hay una crisis de Estado al estilo de las que se han producido en algunos países latinoamericanos. Una crisis de Estado es el colapso de los dispositivos administrativos de gobernabilidad. Cuando se produce tal situación, las instituciones (la Administración, los tribunales, los servicios públicos, la seguridad, etcétera) dejan de funcionar generando vacíos de poder y provocando la emergencia y consolidación de poderes paraestatales. Esta situación ha sido y es habitual en algunos países latinoamericanos, pero no es, en ningún caso, la de los países del sur de Europa y la de España en particular, donde el Estado y la Administración están consolidados. En España, más allá de su orientación específica, de sus carencias e incluso de su deterioro por la corrupción, las instituciones del Estado cumplen sus funciones, que van mucho más allá del monopolio de la fuerza, y representan de hecho el principal dispositivo regulador de la vida social y generador de seguridades y lealtades para con el orden establecido.

Sin embargo, en nuestro país el fracaso incontestable de las políticas de austeridad ha contribuido de manera decisiva a desencadenar una crisis de régimen que ha abierto, no sabemos durante cuánto tiempo, una estructura de oportunidad política inédita. La frustración de expectativas de importantes sectores de las clases medias y asalariadas como consecuencia de las políticas de ajuste es uno de los elementos más decisivos a la hora de entender las posibilidades políticas del presente.

El 15M sirvió de válvula de escape de esas frustraciones. Que las mismas no encontraran una expresión política de modo inmediato revela que la crisis orgánica puesta sobre la mesa por aquel movimiento, que sorprendió al mundo, era también una crisis de la izquierda realmente existente. El 15M puso a la izquierda española frente al espejo, revelando sus carencias, y dejó sobre el tablero político buena parte de los ingredientes de un nuevo sentido común, caracterizado por el rechazo a las elites políticas y económicas dominantes, que eran señaladas sistemáticamente como corruptas. Además el 15M sedimentó en la sociedad española una nueva cultura impugnatoria inaprensible bajo las categorías izquierda-derecha; algo que los jefes de la izquierda política existente se negaron a aceptar desde el principio.

La propia lógica del movimiento 15M le llevó a agotarse en cuanto tal y a no tener los efectos políticos deseados por sus protagonistas y por sectores de activistas empeñados en que lo social puede sustituir a lo político.

Pretender reducir la política a la mera expresión de los contrapoderes sociales labrados en la movilización y en el activismo paciente es una de las mayores torpezas de buena parte de la inteligencia movimentista de nuestro país, incapaz de asumir que el *mientras tanto* era precisamente eso, una forma de trabajar hasta que se presentara el momento de la audacia que requería de otras técnicas políticas. El PP ganó las elecciones de 2011, tanto generales como autonómicas, con cómodas mayorías absolutas, pero la derrota del PSOE fue de una severidad sin parangón, ya que perdió casi el 40 por 100 de los votos recibidos en 2008. A partir de entonces empezaron a percibirse movimientos en el sistema de partidos. Antes de nuestra irrupción electoral en las elecciones al Parlamento europeo de mayo de 2014 era palpable en las encuestas la disminución de los apoyos electorales al PP, en el gobierno, pero también al PSOE, en la oposición, al tiempo que Izquierda Unida (IU), Unión Progreso y Democracia (UPyD) y Ciudadanos, hasta entonces un partido de ámbito casi exclusivamente catalán, mejoraban sus expectativas. Ante la nueva coyuntura, IU tuvo la oportunidad de diseñar una estrategia algo menos tímida de la que implementó; habría bastado simplemente con seguir el ejemplo de Alternativa Galega de Esquerda (AGE) en Galicia. Ello quizá le hubiera permitido recoger electoralmente algo más del descontento social existente, pero no aprovechó su ocasión. En Cataluña era palpable la pérdida de terreno de Convergència i Unió (CiU), el partido nacionalista conservador hegemónico, respecto a Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), moderadamente socialdemócrata, que aspiraba a ser el partido más importante en un contexto en el que el proceso soberanista era, en aquellos momentos de manera indiscutible, el eje vertebrador del descontento social. En la Comunidad Autónoma Vasca y en Navarra el retorno de la izquierda *abertzale* a la competición electoral, con unos resultados más que notables en las elecciones generales, amenazaba no solo la hegemonía del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en Euskadi, sino incluso la de la Unión del Pueblo Navarro (UPN) en Navarra.

Con esas tendencias ya presentes, la aparición de Podemos, su resultado en las elecciones europeas y la tendencia que marcan las encuestas permiten entrever el fin del sistema de partidos en España tal y como lo hemos conocido, como una posibilidad susceptible de materializarse en 2015. Los ataques de los que somos objeto, de una virulencia inédita en nuestro país, revelan hasta qué punto se nos percibe como una amenaza sin precedentes al sistema de los partidos dinásticos. Desde nuestra modestia, pero con una enorme osadía, Podemos ha sido capaz de dar la

máxima importancia a la reflexión sobre el contexto histórico y al trabajo de elaboración teórica. Donde algunos solo son capaces de ver marketing electoral, hay un esforzado trabajo de compromiso y producción intelectual que explica las estrategias que hemos implementado hasta la fecha. La incapacidad de las elites de la izquierda política existente en España para intervenir en la nueva realidad política abierta por la crisis, que pedía a gritos innovaciones estratégicas, tiene que ver con procesos de burocratización de largo alcance que relegaron la materia gris de los partidos (imprescindible para toda formación que aspire a ser algo parecido a un intelectual orgánico) a un papel decorativo. El conservadurismo natural de los burócratas puede resultarles operativo y eficaz para mantener el control de sus organizaciones en momentos de estabilidad política, pero en los momentos de crisis puede ser el camino más directo al suicidio político. Las elites de la vieja izquierda española (pienso obviamente en IU), empeñadas en bloquear el paso a sus cuadros más dotados, han sido un ejemplo de ello (y lo están pagando caro). Es obvio que queda mucho partido por jugar y que durante este año nos enfrentaremos a desafíos difíciles, empezando por los procesos electorales autonómicos, pero parece claro también que, independientemente del resultado concreto de esos desafíos, hay ya elementos de irreversibilidad en la crisis de régimen. Nada volverá a ser lo mismo en la política española después de Podemos.

Izquierda y derecha o alterar el tablero político: la hipótesis Podemos

¿Existían posibilidades para un populismo de izquierdas en España? Si asumimos que bajo determinadas condiciones (en nuestro caso de crisis orgánica), se puede generar discursivamente una identidad popular politizable electoralmente, en nuestro país se daban esas condiciones. Se trataba, en nuestro caso, de agregar las nuevas demandas derivadas de la crisis en torno a un liderazgo mediático capaz de dicotomizar el espacio político. No es difícil, con los elementos dados, entender nuestra hipótesis. En España había una crisis orgánica y de régimen que había generado las condiciones para la articulación de un discurso dicotomizador capaz de construir con los materiales ideológicos nuevos del 15M un sujeto popular frente a las elites. La hipótesis no era una reflexión novedosa entre buena parte de los impulsores de Podemos; había empezado a trazarse a partir de nuestras reflexiones sobre el movimiento 15M. Aquel proceso de reflexión contaba con un conjunto de experiencias políticas de referencia y un dispositivo para la comunicación política muy preciso:

las experiencias latinoamericanas de la llamada década ganada, por un lado, y nuestro programa de televisión *La Tuerka*, por otro.

El análisis de las experiencias acontecidas en América Latina nos había provisto de nuevos instrumentos teóricos para interpretar la realidad de la crisis española, enmarcada en el contexto del sur de Europa, área que desde 2011 comenzamos a creer que se hallaba en un proceso de latinoamericanización, entendido como la apertura de una estructura de oportunidad política. La teorización más precisa de aquella posibilidad populista la llevó a cabo Íñigo Errejón a partir del pensamiento de Ernesto Laclau. El segundo elemento que sirvió para definir la hipótesis fue *La Tuerka*. Desde el principio, y aun asumiendo la modestia de nuestro medio, entendimos *La Tuerka* como «partido». La gente no milita en los partidos, decíamos, sino en los medios de comunicación. *La Tuerka* primero, y después el programa *Fort Apache*, fueron los «partidos» desde los que practicamos la lucha política en el terreno de producción ideológica fundamental: la televisión. *La Tuerka* se convirtió en la escuela que nos preparó para intervenir después, con una enorme eficacia, en las tertulias de las grandes televisiones. Y también nos formó para el trabajo de asesoramiento en comunicación política que desarrollamos paralelamente en España y América Latina, que a su vez nos dio experiencia en el diseño de campañas electorales y en la formación de portavoces y líderes políticos. Gracias a *La Tuerka* y a la formación en comunicación audiovisual aprendimos a hacer *slots* y a pensar políticamente en clave televisiva.

Los amantes de las teorías conspirativas han querido ver en este itinerario un plan premeditado de asalto al poder político en España. Jamás pensamos que podríamos llegar tan lejos; nuestros objetivos eran mucho más modestos. Sin embargo, cumpliendo esos objetivos menores (escribir artículos académicos, impulsar iniciativas modestas, dirigir y presentar un programa de televisión, estudiar comunicación audiovisual, asesorar a fuerzas políticas en técnicas de comunicación) conseguimos estar muy bien preparados cuando apareció el ingrediente imprescindible de la hipótesis Podemos: la posibilidad de liderazgo de una figura mediática que disfrutaba de un altísimo nivel de notoriedad en España. Nada aseguraba que pudiéramos llegar algún día a las televisiones y nada garantizaba que, de llegar, nuestra presencia fuera eficaz y tuviera continuidad. Fue a partir de mayo de 2013 cuando mi presencia en los medios de masas se hizo constante. En el verano de aquel año empezamos a reflexionar sobre la posibilidad de usar mi protagonismo mediático para

intervenir políticamente en nuestro país. En aquellos momentos yo entendía que ese proyecto se tenía que llevar a cabo colaborando con la izquierda existente. El emplazamiento que hicimos a las fuerzas políticas de esa tradición para llevar a cabo unas primarias abiertas conjuntas iba en esa dirección. Pensábamos entonces que nuestra metodología de primarias abiertas a la ciudadanía podía servir para modificar a nuestro favor el reparto de posiciones en el tablero político; se trataba de que la izquierda se pareciera un poco más a la gente. Nos veíamos como una posibilidad de renovación, pero no imaginábamos entonces que la frialdad, cuando no la abierta hostilidad, con la que fuimos recibidos, nos iba a dar la oportunidad de llegar tan lejos. La cerrazón conservadora de las elites de la izquierda existente, incapaces de abrirse a otros estilos y a otras perspectivas, así como el desdén de ciertos sectores activistas, nos empujaron a poner en práctica nuestra hipótesis desde una soledad enorme, pero sin vernos obligados a hacer concesiones a las formas conservadoras de la izquierda, ni a arrastrar ciertos estilos movimentistas paralizantes que, de no haber estado tan solos, habríamos tenido que asumir. La historia tiene siempre sus paradojas. En este caso, las condiciones que posibilitaron el fenómeno Podemos estuvieron determinadas por las reticencias que generamos entre sectores teóricamente llamados a entenderse con nosotros. Gracias a que no nos entendimos, pudimos volar alto y con comodidad.

Llegados a este punto hay que decir claramente que la geografía que separa los campos políticos entre izquierda y derecha configuraba un escenario en el que el cambio, en un sentido progresista, no era posible en nuestro país. En el terreno simbólico izquierda-derecha, los que defendemos una posibilidad de transformación posneoliberal desde el Estado, protegiendo los derechos humanos y la soberanía y asociando la democracia a los derechos sociales y a las políticas redistributivas, no tenemos ninguna posibilidad de ganar electoralmente. Cuando el adversario nos llama izquierda radical y nos trata de identificar con sus símbolos, y vaya si lo hace, nos lleva al terreno en el que su victoria es más fácil. Disputar el reparto simbólico de posiciones al adversario, pelear los «términos de la conversación», fue nuestra tarea político-discursiva más importante. En política, quien decide los términos de la disputa decide en gran medida su resultado. No tiene nada que ver con «abandonar principios» o «moderarse», sino con asumir que el terreno del combate ideológico no lo definimos nosotros, sino que presenta presupuestos muy precisos que limitan nuestro repertorio de materiales

discursivos disponibles para avanzar. Eso solo es posible en momentos excepcionales como el que atravesamos, y requiere una estrategia precisa de identificación de los marcos disponibles para definir el nuevo escenario así como del correspondiente discurso para imponer esos marcos en la esfera mediática. Cuando insistimos, por ejemplo, en hablar de desahucios, corrupción y desigualdad y nos resistimos a entrar en debates sobre la forma de Estado (monarquía-república), la memoria histórica o la política penitenciaria, no quiere decir que no tengamos una posición al respecto o que la hayamos moderado, sino que asumimos que, sin dispositivos de poder institucional, no tiene sentido buscar en estos momentos terrenos de enfrentamiento que nos alejan de la mayoría, que no es «de izquierdas». Y sin ser mayoría no se accede a los dispositivos administrativos que permitirán librar las batallas discursivas en otras condiciones al tiempo que intervenir con políticas públicas.

El pueblo de la televisión

Desde hace décadas, la televisión es el gran dispositivo ideológico de nuestras sociedades. En los últimos años las redes sociales, aunque con desigual penetración entre las diferentes capas sociales, se han abierto camino como espacios de disputa ideológica que han democratizado hasta cierto punto el acceso a la esfera pública. Aunque las redes están aun lejos de poder medirse con la televisión, fueron muy importantes en nuestra campaña para las elecciones europeas y representan uno de los signos distintivos de Podemos respecto a otros actores políticos. En el caso de la televisión, puede decirse que, de manera mucho más intensa que los dispositivos de producción ideológica tradicionales (la familia, la escuela, la religión, etcétera), condiciona e incluso fabrica los marcos –estructuras mentales con valores asociados– a través de los cuales piensa la gente.

En lo que se refiere específicamente a las opiniones y actitudes políticas, los programas de debate (las tertulias) han sido probablemente uno de los mayores productores explícitos de argumentarios de uso social. Buena parte de los argumentos políticos que podemos escuchar en bares, medios de transporte, centros de trabajo, etcétera, provienen de creadores de opinión que hablan en la televisión y en la radio. Es obvio que los principales imaginarios sociales se producen desde dispositivos aparentemente desideologizados o apolíticos (no hay mayor operación político-ideológica que dar esa apariencia de desideologización de lo que se termina percibiendo como sentido común) y eso tiene más que

ver con formatos de entretenimiento o «meramente culturales». Sin embargo, en lo que se refiere a los debates específicamente políticos, los platós de televisión se han convertido en los verdaderos parlamentos.

En nuestro país, las consecuencias sociales de la crisis dieron paso, como señalábamos, a una crisis orgánica. Una de las manifestaciones más importantes de esa crisis orgánica fue la apertura de un espacio en los debates televisados que supimos ocupar mejor que otros actores: alguien tenía que «representar» a las víctimas de la crisis. Nuestro discurso permitió a esas víctimas (sectores subalternos y, sobre todo, clases medias empobrecidas) identificarse como tales y visualizar, desde un nosotros nuevo, el «ellos» de los adversarios: las viejas elites. El fenómeno televisivo *Pablo Iglesias/el profesor de la coleta* podría definirse como la ocupación más efectiva de ese espacio, que también habían tratado de ocupar, aunque quizá con algo menos de eficacia o de fortuna, otras figuras provenientes de la izquierda y de los movimientos sociales, así como algunos periodistas.

Aquel discurso televisivo fue el resultado de un intensísimo trabajo de preparación de las intervenciones en televisión. Paso a paso, un tertuliano de izquierdas poco convencional fue evolucionando hasta convertirse en un referente de las insatisfacciones sociopolíticas derivadas de la crisis. Convertir a ese referente en candidato era enormemente arriesgado y, de hecho, nuestra campaña electoral se sostuvo fundamentalmente gracias a que logramos mantener esa presencia, que no fue, hasta prácticamente las dos semanas de campaña, la de un candidato o un líder político, sino la del tertuliano-referente. Por eso, el objetivo principal de la campaña era básicamente explicar que «el chico de la coleta» que salía en la televisión se presentaba a las elecciones. Esas circunstancias son las que explican que optáramos por una iniciativa inédita en nuestro país: usar la cara del candidato en la papeleta electoral. El pueblo de la televisión no conocía a una nueva formación política llamada Podemos, sino a un tertuliano con coleta.

Ese pueblo socializado políticamente por la televisión no era representable bajo las categorías tradicionales del reparto simbólico de posiciones políticas (izquierda-derecha, etcétera). En el contexto de profunda desafección hacia las elites, nuestro objetivo era identificar a ese pueblo de la televisión con un nosotros nuevo, aglutinado inicialmente por el signifiicante *Pablo Iglesias*. Antes y durante la campaña, nuestro trabajo en las

tertulias sirvió incluso para introducir nuevos conceptos y argumentos que definieron el terreno de batalla a nuestro favor. La manera en la que se ha impuesto la noción de *casta* es quizá el mejor ejemplo de lo que decimos. Ese nuevo espacio mediático susceptible de ser politizado se estaba configurando desde hacía tiempo. Basta analizar algunos contenidos televisivos para percatarse ello. El éxito abrumador de programas como *Salvados* y de su presentador Jordi Évole no se entienden pensando solo en un conductor progresista como éste último o en unas temáticas sensibles socialmente. La clave fundamental que explica su éxito es que ha sabido apuntar sobre los asuntos claves de la desafección creando, con más o menos conciencia de estar haciéndolo, un nuevo discurso regenerador desde fuera, que es, además, absolutamente transversal.

Del movimiento ciudadano a la fuerza política

La dirección política de Podemos se articuló, desde nuestro nacimiento en enero de 2014 hasta las elecciones de mayo de ese mismo año, en torno a un grupo promotor, que asumió las tareas propias de un equipo de campaña compuesto por varias decenas de cuadros. Junto al conocido grupo de docentes e investigadores de la Universidad Complutense de Madrid, una nueva generación de militantes procedentes de Juventud sin Futuro, del asociacionismo estudiantil, de *La Tuerka* y de diferentes organizaciones políticas y sociales, así como de ámbitos culturales alternativos y del entorno del 15M, conformaron el núcleo inicial de Podemos. Aquel grupo asumió la dirección política, que era, básicamente, una dirección de campaña centrada en cuestiones comunicativas (redes sociales, participación del candidato en programas de televisión, actos públicos, propaganda, etcétera).

Semanas después del nacimiento de Podemos, hicimos el llamamiento a la constitución de los círculos, que comenzaron a florecer tanto territorial como sectorialmente y que articularon nuestra presencia en el conjunto del Estado. Pero a pesar del trabajo del equipo de extensión, todavía estábamos muy lejos de ser una organización política. Podemos era entonces un movimiento ciudadano que había despertado una enorme ilusión, lo cual se traducía en la proliferante creación de círculos, en la creciente participación en los actos, en la actividad de millares de ciudadanos en las redes sociales y en la posibilidad de que esa ilusión se tradujera electoralmente el 25 de mayo en las elecciones al Parlamento europeo. Pero aun no éramos una organización política.

Después de las elecciones, Podemos contaba con cinco eurodiputados, pero carecía de una dirección política formal y de una estructura territorial y sectorial organizada, así como de mecanismos formales de toma de decisiones. Desde el principio se apostó por fórmulas que permitieran que las decisiones más importantes se tomaran mediante mecanismos de participación ciudadana y así se eligió el equipo técnico encargado de preparar la Asamblea Ciudadana de otoño, que fue nuestro congreso fundacional. En aquella asamblea, que representó un hito histórico de participación, Podemos dejó de ser un movimiento ciudadano con proyección electoral, para convertirse en una organización política con órganos directivos, sistemas internos de garantías, unas líneas políticas y estratégicas precisas y una clara vocación de eficacia organizativa. A partir de ahí iniciamos el proceso de construcción territorial a escala local y autonómica, que apenas ha terminado. En aquella asamblea se trazaron las líneas fundamentales de estrategia electoral, que se concretaron en la apuesta por las candidaturas de unidad popular en los procesos municipales, evitando que Podemos compitiere con sus siglas en las elecciones locales, y en nuestra presencia en las elecciones autonómicas con nuestra propia marca.

Aquella asamblea constituyente de Podemos y los procesos autonómicos y locales que la sucedieron han concretado el esqueleto de una organización política que aspira a ganar las elecciones generales. Sin embargo, el músculo de Podemos va mucho más allá de la organización y de sus órganos y tiene que ver con nuestra capacidad de vincular a los sectores más preparados de la sociedad civil al cambio político, así como de trabajar con los movimientos populares para que se incorporen a un proceso que no podemos llevar a cabo solos. Para ser un partido de gobierno, Podemos necesita a los mejores cuadros de la sociedad civil y para ganar las elecciones necesitamos proteger los vínculos de toma de decisiones con la misma. Si algo nos ha hecho fuertes, ha sido no permitir que los núcleos militantes se alejen de los deseos sociales y secuestren una organización que es, por encima de las identidades de sus dirigentes políticos, cuadros y militantes, un instrumento para el cambio político.

2015, año del cambio

La Marcha del Cambio convocada el 31 de enero de 2015 no solo fue histórica por la masiva participación (entre 100.000 y 300.000 personas según las fuentes), sino por su carácter no convencional. No fue

una protesta ni tenía como propósito dar visibilidad a una demanda o un conjunto de demandas sociales fragmentarias. La historia del movimiento obrero en el siglo xx demostró que no todas las huelgas tienen que justificarse por demandas laborales específicas, sino que, en determinados momentos, la huelga podía convertirse en un instrumento político sin mediaciones ni interfaces representativos. La Marcha del Cambio fue una marcha específicamente política, vinculada a la visibilización pública de la voluntad que asume Podemos de presentarse como instrumento fundamental para el cambio político en nuestro país.

Aquella demostración de fuerza por nuestra parte no solo se manifestó en el hecho de que ninguna fuerza política de nuestro país, con la excepción quizá de la izquierda *abertzale* en el País Vasco dentro de su ámbito, tiene capacidad para organizar una movilización semejante. Más allá de ello, lo que marcó la diferencia fundamental de la Marcha del Cambio fue la voluntad de romper la disociación entre movilizaciones y política. En nuestro país, los viejos partidos han aparecido ante los ciudadanos como poco más que maquinarias de acceso a la gestión administrativa por la vía electoral. De hecho, los procesos electorales que sucedieron al 15M crearon el espejismo de una clase política y unos partidos desprestigiados y percibidos como problemas por los ciudadanos, pero aparentemente ineludibles y dominadores absolutos de la democracia procedimental. La Marcha del Cambio devolvió la política a la calle. Aquella arrogante afirmación de las viejas élites, tras el movimiento de las plazas, sugiriendo a los manifestantes que se presentaran a las elecciones, probablemente no volverá a repetirse en mucho tiempo. La movilización sirvió, además, para señalar un cambio de ciclo y marcar los tiempos de un año que va a ser decisivo en nuestro país.

Fuimos capaces también de demostrarnos a nosotros mismos que, más allá de las encuestas, contamos con un enorme respaldo de ciudadanos dispuestos a movilizarse. Con la Marcha probamos la capacidad de nuestra organización y de nuestra militancia y aunque no alcanzó una participación tan espectacular como las Marchas de las Dignidad de 2014, su desarrollo ordenado y el hecho de que no se produjera ni un solo incidente, a pesar incluso de que los portavoces de Podemos renunciábamos a marchar en cabeza y lo hiciéramos rodeados de la gente, fue la demostración de una gran capacidad de organización.

Desde las elecciones del 25 de mayo de 2014, y en especial a partir de 2015, los ataques contra Podemos han sido constantes, superando con creces la belicosidad que reciben el resto de actores políticos. Era algo normal y previsible y una prueba de que estamos intimidando a los detentadores históricos del poder en nuestro país. La llegada vertiginosa al tablero político de un actor como nosotros y la evolución de las encuestas han hecho que los nervios y la preocupación de nuestros adversarios crezcan. Durante los primeros meses, los argumentos que manejaban los propagandistas del PP y el PSOE contra nosotros tenían con frecuencia un efecto bumerán. Muchas veces los ataques de los que éramos objeto redoblaban nuestros apoyos y permitían a nuestros portavoces manejarse con notable eficacia en la esgrima de los medios. Sin embargo, en los últimos meses, las técnicas y la naturaleza de los ataques de los que somos objeto se han perfeccionado notablemente y poco a poco han conseguido hacernos daño. Hay que asumir que lo más probable es que ya no libremos batallas en los medios tan ventajosas como en el pasado y que, al menos hasta que contemos con poder institucional tras las elecciones municipales y autonómicas, los ataques mediáticos no se van a moderar. Las últimas campañas contra nosotros han demostrado que podemos perder nuestra capacidad de ofensiva para situar temas en la agenda política.

El escenario de desafío más importante que afrontaremos en el año del cambio será el de las elecciones generales. Es difícil prever en qué condiciones llegaremos a las mismas, pero debemos trabajar por un escenario plebiscitario que simplifique las opciones políticas entre el PP y nosotros. Nuestro *sorpasso* al PSOE es posible, pero estamos muy lejos de su *pasokización*, esto es, su reducción hasta casi lo testimonial como fuerza política del otrora partido más importante de Grecia, el socialista PASOK, tras su coalición con Nueva Democracia en torno a la aplicación de las políticas de austeridad. El PSOE, por el contrario, sigue siendo un partido con un alto nivel de apoyo electoral y no parece que, a corto plazo, vaya a recoger tan solo una representación testimonial. Las elecciones andaluzas, a pesar de que sus resultados no pueden entenderse fuera de las particularidades de esta región, han dado un balón de oxígeno a los socialistas. Nuestro resultado, quince escaños y el 15 por 100 de los votos, fue excelente, ya que triplicamos los votos respecto a las europeas, pero no prefiguró aun el escenario en el que podemos superar a los dos partidos tradicionales. Por eso las elecciones autonómicas de mayo (en especial en comunidades como Madrid, el País Valenciano o Asturias), a la espera de las catalanas de septiembre, han sido tan importantes para nosotros.

En cualquier caso, es fundamental en el diseño de nuestra táctica política de este año, superar al Partido Socialista, ya que es una de las condiciones para que el cambio político sea posible en España, incluso si no lográramos superar al PP. La hipótesis de que el PSOE gire los 180 grados necesarios para que podamos entendernos con los socialistas tras su abandono de las políticas de austeridad depende de que efectivamente les superemos. Solo un PSOE superado por Podemos cederá ante nuestro liderazgo, o se suicidará políticamente entregándose al liderazgo del PP. La dirección y las diferentes facciones de poder presentes en el PSOE son perfectamente conscientes de la situación y se han puesto a trabajar para limitar al máximo posible el *sorpasso*. El adelanto de las elecciones andaluzas fue un intento claro de su baronesa regional Susana Díaz de hacer que la primera prueba electoral del año se celebrara donde el desgaste del PSOE es menor y donde sus perspectivas electorales eran mejores, y efectivamente lo consiguió.

Otro de los elementos cruciales que va a determinar este año para nosotros es la responsabilidad derivada de escenarios poselectorales, que nos sitúan ante la eventualidad de discutir la posibilidad de gobernar con el apoyo de otras fuerzas o de apoyar a estas para que gobiernen. No es descartable que se produzcan fórmulas de gran coalición entre el PSOE y el PP, que serían desastrosas para el país, pero que reforzarían nuestra imagen de única oposición. Sin embargo, para el PSOE, elegir esa opción podría implicar su mencionada *pasokización* y es probable que en esos contextos sus dirigentes se planteen otras posibilidades. Sea como fuere, la contradicción entre lógica de Estado y lógica de partido afectará al PSOE y no está claro cómo habrá de resolverse, del mismo modo que afectará al partido Ciudadanos, convertido en marca blanca de las elites y definido por muchos como un «Podemos de derechas», llamado a entenderse con el PP, pero sabedor de que, en tal caso, su crecimiento electoral se frenará.

Es importante que ocupemos posiciones de gobierno tras las elecciones autonómicas y hay que evitar que el PP pueda seguir gobernando comunidades autónomas, pero lo fundamental es que lleguemos a las elecciones generales en la mejor situación posible. El empoderamiento institucional nos protegerá y nos dará experiencia, pero, al mismo tiempo, puede hacernos perder nuestra frescura de *outsiders* y enfrentarnos a contradicciones susceptibles de dañar nuestro objetivo fundamental: llegar a las generales en las mejores condiciones para redefinir el tablero político español.

Las elecciones municipales y autonómicas celebradas el pasado 24 de mayo representan un momento crucial del cambio político en España, que no tiene precedentes desde la Transición. Hay dos elementos que revelan la profundidad del proceso que avanza.

En primer lugar, las grandes ciudades han representado, una vez más en la historia de nuestro país, la locomotora de la transformación política. Los resultados tanto de las candidaturas de unidad popular por las que apostamos en nuestra Asamblea de Vistalegre, en ciudades como Madrid, Barcelona, Zaragoza, Coruña, Oviedo, Compostela o Cádiz, de Compromís en Valencia, así como los resultados de Podemos en las ciudades y grandes poblaciones en las que también se podía votar en las elecciones autonómicas, son reveladores. Podemos gana en Las Palmas de Gran Canaria, en Parla, en Rivas, es segunda fuerza en Zaragoza, Palma de Mallorca, Santa Cruz de Tenerife, Oviedo, Huesca, Teruel, Fuenlabrada, Gijón o Avilés.

En el complejo ecosistema político de Barcelona, la candidatura encabezada por Ada Colau ha ganado las elecciones en un hecho sin precedentes en la historia política catalana. El caso del municipio de Madrid ha sido insólito, pues ha mostrado la *pasokización* del PSOE en la capital de España. Si en algún lugar nuestra apelación al voto socialista ha funcionado de forma arrasadora ese ha sido Madrid, gracias a una candidata que ha sido capaz de sumar a los apoyos consolidados de Podemos, los de buena parte del electorado socialista, dicotomizando el escenario electoral de la capital.

En segundo lugar, aunque de manera más lenta de lo que esperábamos y deseábamos, el bipartidismo ha dejado de servir para entender el sistema de partidos en España. El PP y el PSOE han tenido su peor resultado desde la Transición. Aunque resisten bien en algunas de las comunidades autónomas menos pobladas, la política española ha dejado de ser cosa dos partidos.

UPyD desaparece del tablero político mientras que IU ha comprobado el contraste entre su agotamiento histórico como proyecto político autónomo y la emergencia de los espacios de protagonismo ciudadano como las candidaturas de unidad popular y Podemos. Ciudadanos ha tenido un buen resultado, básicamente a costa del PP, pero ha quedado muy

alejado, tanto en los municipios como en las comunidades autónomas, de las expectativas que había despertado entre las elites y sus portavoces, que quizá inflaron de manera contraproducente el fenómeno naranja tratando de ponerlo a nuestra altura.

A falta de saber si habrá o no elecciones en Cataluña, este panorama plantea un escenario inédito en nuestro país para las elecciones generales, en el que la disyuntiva entre continuidad o cambio constituirá el eje de la contienda. Es indudable que el PSOE tratará de apuntarse al carro del cambio, pero no lo tendrá fácil; las generales concluirán en buena medida el ciclo político abierto por el 15M y son el escenario natural para nosotros.

Tendremos que trabajar muy duro en estos próximos meses y asumir las dificultades de gobernar y de llegar a acuerdos, pero hemos salido más que vivos de un invierno en trincheras enfangadas en el que nuestro adversario pensaba derrotarnos. Han sido meses difíciles en los que hemos recibido golpes duros, pero hemos sabido encajarlos afrontando con éxito estas elecciones y las andaluzas. Debemos, sin embargo, tomar nota de algunas lecciones que han dejado tanto la campaña electoral como el resultado de los comicios.

Por una parte, tras estar a la defensiva durante varias semanas, la recuperación de nuestro discurso de formación que representa a las clases populares y la defensa de los derechos sociales, poniendo en valor a los movimientos sociales, se ha demostrado como el terreno favorable para la disputa por la novedad o la regeneración. Aquí Ciudadanos no puede competir con nosotros. Por otra, la denuncia de la corrupción como modelo económico y político de las elites que encarna el PP, dicotomiza el escenario electoral y sitúa la elección entre continuidad y cambio en los términos en los que nos interesa. Aquí es el PSOE el que no puede competir con nosotros. Esos dos elementos (defensa de las clases populares y denuncia de la corrupción como elementos inseparables) son los que nos han permitido ser la única fuerza política estatal que ha desafiado al bipartidismo en muchos municipios de nuestro país y que ha quedado muy cerca de la segunda posición en comunidades como Aragón (a poco más de 6.000 votos del PSOE), Asturias (a 14.000 votos del PP) o Baleares (a 18.000 votos del PSOE).

Debemos tomar nota también de la importancia de los liderazgos y de los estilos que sirven para ir más allá de una identidad de partido.

Podemos no puede ser en las elecciones generales un partido más, sino un instrumento abierto a la participación y al protagonismo de todos aquellos que apuesten por el cambio. Se acabó el invierno y llega una primavera, que nos llevará a noviembre. El terreno nos es propicio y a la presencia institucional sumamos la experiencia de combate. Toca salir de las trincheras; quedan pocos meses para el cambio.

PABLO IGLESIAS

ESPAÑA EN LA ENCRUCIJADA*

En tus escritos señalas las influencias intelectuales que dan forma al planteamiento de Podemos, subrayando, entre ellas, las que proceden del trabajo de Laclau y Mouffe. No obstante, surgen tres críticas si los tomamos efectivamente como pensadores estratégicos. La primera es que, a diferencia de los escritos de Gramsci, en su libro Hegemonía y estrategia socialista no se ofrece ninguna herramienta analítica para comprender la táctica del enemigo –sea este la casta o el bloque liberal-conservador del centro-izquierda y el centro-derecha. En segundo lugar, en sus escritos abordan escasamente la dinámica capitalista, presumiendo que, en lo esencial, el campo económico es no problemático, a pesar de que la crisis económica global fue la condición de la emergencia de Podemos. Finalmente, y de nuevo a diferencia de Gramsci, en Hegemonía y estrategia socialista se tratan muy exhaustivamente las cuestiones discursivas, pero con mucha menos intensidad los hechos como tales, esto es, la cristalización de un programa de mínimos concreto. Abordemos la primera cuestión, la estrategia de las elites. Ante la incipiente crisis del régimen, los gobernantes españoles parecen haber adoptado una política de neutralización proactiva, optando por eliminar potenciales factores agravantes, como ha sucedido con la sustitución de Juan Carlos por otro Borbón de rostro más fresco, y alentando el resurgimiento de Ciudadanos como un partido liberal «limpio», operación mucho más eficaz, dicho sea de paso, que la urdida en torno a To Potami en Grecia. Tal como dices, el espacio de Podemos en televisión se ha reducido. ¿Estas cuestiones alteran el escenario para la triple hipótesis de Podemos? Actualmente, los cuatro partidos –Podemos, Ciudadanos, PSOE y PP– disponen cada uno del 20 por 100 del apoyo electoral, lo cual daría a la mayoría liberal-conservadora el 60 por 100 del mismo frente a un voto antiausteridad del 25 por 100, representado por la suma de Podemos e Izquierda Unida.

* Entrevista traducida y editada por el consejo editorial de la *New Left Review* en castellano.

Sin ninguna duda, el adversario desarrolla estrategias y por ello las condiciones de la confrontación se modifican. Es verdad que ahora el espacio mediático es mucho menos confortable para nosotros. Fabricar Ciudadanos supone una jugada inteligente, no tanto por el hecho de que atraiga directamente votos de Podemos, sino porque, discursivamente, desafía nuestra posición como opción de regeneración y nuestro espacio en los medios de comunicación. Ahora existe otro partido de «cambio», que presenta características muy diferentes; Ciudadanos surge fundamentalmente del *establishment* liberal. Por lo tanto, sí, nosotros estamos en proceso de reformulación de las hipótesis de Podemos. Permítaseme explicar nuestro razonamiento.

Nuestro objetivo fundamental fue siempre ocupar la centralidad del campo político, aprovechando la incipiente crisis orgánica. Esto no tiene nada que ver con el «centro» político del discurso burgués. Nuestro desafío en esta guerra de posiciones, contemplado en términos gramscianos, pretende la creación de un nuevo sentido común que nos permita ocupar una posición transversal en el corazón del recientemente reformulado espectro político. En estos momentos, el espacio político en juego se ha reducido como resultado de los contramovimientos del *establishment*, incluyendo la promoción de Ciudadanos. Nuestra tarea afronta, por consiguiente, dificultades renovadas y requiere una nueva inteligencia estratégica. A la vez, las intervenciones del adversario generan contradicciones adicionales en nuestro campo. Nos enfrentamos, por todo ello, a tres dificultades inmediatas.

En primer lugar, la transformación operada nos resituía en el eje que nosotros habíamos considerado desde el comienzo como perdedor: el tradicional eje izquierda-derecha. Pensamos que sobre esta base no hay posibilidad de cambio en España y que el riesgo al que nos enfrentamos ahora es precisamente ser resituados en el mismo, lo cual nos distancia de nuestra apuesta por definir una nueva centralidad, que, insisto, no tiene nada que ver con el centro del espectro político o ideológico. El segundo riesgo, o desafío, es que, en el marco de este nuevo paisaje, el discurso plebeyo de Podemos, articulado en términos de «los de abajo» contra «los de arriba», contra los oligarcas, pueda ser reinterpretado como un discurso tradicional de extrema izquierda; como resultado de ello, Podemos corre el riesgo de perder su atracción transversal y la posibilidad de ocupar la nueva centralidad. El tercer desafío, que es a la vez una herramienta potencial, radica en la normalización. Ya no aparecemos como *outsiders* y el elemento de novedad se va diluyendo. Al mismo tiempo, sin embargo,

Podemos es ahora más fuerte, cuenta con más experiencia y disfruta de una capacidad mayor de representación. Nos enfrentamos, pues, al enorme desafío inmediato de resintonizar, o refinar, nuestro discurso para bloquear los contramovimientos y reabrir el espacio, que ahora pretende ser clausurado. Estos son los desafíos para los próximos meses. No cabe ninguna duda de que serán duros para nosotros.

Un ejemplo concreto de ello puede encontrarse en el complejo escenario que hemos tenido hoy [15 de abril] con la visita del rey de España al Parlamento Europeo, lo cual nos sitúa ante una cuestión difícil: la monarquía. ¿Por qué difícil? Porque nos saca inmediatamente de la centralidad del campo. Básicamente existen dos opciones. La primera, tradicionalmente sostenida por la izquierda (Izquierda Unida, por ejemplo), afirma: «Nosotros somos republicanos. No aceptamos la monarquía y, por lo tanto, no asistiremos a la recepción ofrecida al rey de España; nosotros no reconocemos este espacio de legitimidad para el jefe del Estado». Esto –aun siendo una postura ética y moralmente virtuosa, que nosotros reconocemos y apreciamos– pone inmediatamente a quien la enuncia en el espacio de la izquierda radical, en un marco muy tradicional, e inmediatamente aleja a amplias capas de la población que, sin importar lo que piensen de otras temáticas y pese a identificar al anterior rey con la corrupción del viejo régimen, sienten simpatía hacia el nuevo monarca. La monarquía encarna una de las instituciones mejor valoradas en España, por lo que automáticamente aleja a sectores sociales que son fundamentales para el cambio político. Así, pues, tenemos dos opciones. La primera es la de no ir a la recepción y quedarnos atrapados en el marco tradicional de la extrema izquierda, desde el que las posibilidades para la acción política son escasas. La segunda consiste en ir, y entonces Podemos aparece como si respetase el marco tradicional junto a los partidos de *la casta*, corriendo el riesgo de ser tratados como traidores, monárquicos o cualquier otra cosa.

Entonces, ¿qué es lo que hicimos en ese poco amable y contradictorio escenario? Asistimos con nuestra habitual estética –ropa informal y demás–, pese a su protocolo; es cosa pequeña, pero simbólicamente representativa del tipo de cosas que hace Podemos. Y yo le di al rey como regalo los DVD de *Juego de Tronos*, proponiéndoselos como una herramienta interpretativa para comprender lo que sucede ahora mismo en España. Pretendíamos no quedar atrapados dentro de esa contradicción, dentro de las posiciones ya establecidas, mediante un mensaje irónico,

que al mismo tiempo es un gesto plebeyo –y que funcionó muy bien mediáticamente, por cierto–, que nos permite modificar el eje de la discusión: no monarquía versus república, discurso que automáticamente se asocia a la memoria de la Guerra Civil española y que, desafortunadamente, deviene marco perdedor en la batalla por la interpretación social. En su lugar, tratamos de decir que se trata de un problema de democracia: los ciudadanos deberían, y deben, tener el derecho de elegir a su jefe de Estado. Por otro lado, no queremos parecer un partido institucional más, que apoya a la monarquía. Y así, el gesto plebeyo e irónico es el que permite a Podemos jugar con la transversalidad, pese a los riesgos que ello conlleva. Naturalmente, es una posición difícil de sostener, pero es la única que al menos permite mantener abierta la disputa política, que puede posibilitar que Podemos juegue en el seno de esas contradicciones y no quede marginalizado en una posición que es pura, pero al mismo tiempo impotente, a la hora de desafiar y cuestionar el statu quo.

Bueno, simplemente se podrían tener mejores cosas que hacer que asistir a una recepción del rey de España. Pero ¿cómo se explicaba exactamente el mensaje de que la gente debería poder elegir a su jefe de Estado a través del regalo de Juego de Tronos?

Una forma concreta para trasladar ese mensaje es decir que lo que está en liza en *Juego de Tronos* es una crisis de régimen, en cuyo desenvolvimiento la imagen del rey no es una figura consolidada institucionalmente, sino una figura frágil que se halla constantemente en cuestión y que, por lo tanto, podría cambiar en cualquier momento. Le dije al rey: «Esto puede resultarte útil para comprender lo que sucede en España». Representa un mensaje muy agresivo. «En el juego de la política, tú puedes dejar de ser el jefe del Estado en el futuro, ya que es así como funciona la política». Es una forma irónica e indirecta de afirmar que, para nosotros, en una democracia, todas las opciones son posibles. Se trata de evitar el marco perdedor y de reconvertirlo de modo que la gente perciba lo que hicimos del siguiente modo: «Pablo Iglesias se ha atrevido a hablar con el monarca utilizando un tono inimaginable en un líder político tradicional». De esta forma, lo que está implícito en este gesto irónico, lo que está implícito en este caso, pero que se ha indicado de una forma abiertamente explícita en muchos otros –sobre todo cuando se produjo la abdicación del rey Juan Carlos–, es que en democracia todas las opciones están abiertas, que nada debería darse por descontado; y, efectivamente, ese gesto –la posibilidad de decirle al monarca que es un monarca no elegido, que todas las

opciones están sobre la mesa, y que un ciudadano puede efectivamente expresar esa voluntad—, realizado en el marco de un espacio altamente institucionalizado y por ende castrado para la acción política, es, en sí mismo, un gesto subversivo.

Obviamente también existe otra lectura de Juego de Tronos: una combinación repetitiva y estereotipada, que mezcla porno ligeramente sádico con formas pseudomedievales de hacer la guerra empapadas en sangre, todo ello entreverado con momentos ocasionales de sucedáneos de alta estrategia, más dirigida a distraer que a invitar a la reflexión. Pero detengámonos en el segundo punto de la crítica de Hegemonía y estrategia socialista, el problema de la crisis económica y del programa económico de mínimos de Podemos. Has defendido, desde tiempo atrás, una auditoría de la deuda, la apertura de los libros de cuentas, cuestión que parece un primer paso indispensable. La diferencia entre Podemos y Ciudadanos, así como también respecto al PSOE y al PP, radica en el hecho de que vosotros sois contrarios a las políticas de austeridad. ¿Cómo cristalizará esto como programa en la reformulación de la hipótesis de Podemos?

Ciertamente hay una gran diferencia entre *Hegemonía y estrategia socialista* y *Sobre la razón populista*, y aunque yo me sienta más identificado con los contenidos del primer libro, valoro la honestidad de Laclau cuando reconoce un problema que los gramscianos, y más si cabe los neogramscianos, padecen al explicar y abordar las relaciones existentes entre estructura y superestructura. En *Sobre la razón populista* el problema encuentra solución abandonando de forma clara el marxismo, eludiendo, digamos, el problema en su totalidad. Yo no me identificaría teóricamente con ello, pero sí reconocería que ahí Laclau propone una herramienta, o un mecanismo teórico, muy útil para efectuar una interpretación práctica de la autonomía de lo político. Es absolutamente cierto que no se habría producido ninguna crisis de régimen, ni en España ni en otros lugares, sin la crisis financiera. Pero uno de los problemas clásicos para los marxistas ha sido precisamente interpretar, o incluso entender, los mecanismos de mediación que existen entre la crisis económica y la crisis política. En mi opinión, la distinción izquierda-derecha y las herramientas conceptuales izquierda-derecha plantean grandes problemas para la interpretación del espacio político que ahora se está abriendo en un país como España.

La situación actual es de alguna forma comparable a la de la década de 1930, en la cual parecían coexistir dos opciones para hacer frente a la

crisis económica y a las crisis políticas que esta alumbró, y que se manifestaron de forma diversa en diferentes lugares. Una fue el fascismo, como estrategia de reconstrucción del orden de las clases dominantes. La otra opción, la comunista, fue la del Frente Popular: defender la democracia burguesa como opción de transición o estratégica para conseguir finalmente los objetivos socialistas. La comparación sugiere que hoy, en las condiciones actuales, la opción de una estrategia socialista, o de una crítica marxista del neoliberalismo, plantea inmensos problemas políticos de índole práctica para articular una oposición real, que pueda tener incluso la opción de revertir el actual estado de cosas. La estrategia que nosotros hemos seguido, por lo tanto, ha sido articular un discurso sobre la recuperación de la soberanía, sobre los derechos sociales, incluso sobre los derechos humanos, en el contexto europeo. Aunque esto genera inmensas contradicciones y ambigüedades, prueba que, al menos en cierto sentido, goza de la capacidad de articular movimientos sociales y políticos que pueden erigirse frente al régimen en un contexto de victoria absoluta del neoliberalismo y de pérdida de influencia de las críticas marxistas. En este sentido, se convierte en una estrategia viable susceptible de desarrollarse en las condiciones actuales.

Las citadas ambigüedades y contradicciones se vinculan a algo que nosotros reconocemos abiertamente: la nuestra no es una oposición que tenga como estrategia la transición al socialismo, sino que, más modestamente, adoptamos determinados planteamientos neokeynesianos, como la izquierda europea, reclamando mayor inversión pública y la garantía de los derechos sociales y de la redistribución de la renta y la riqueza, lo cual nos sitúa en un terreno difícil y nos hace susceptibles de recibir las críticas habituales que caen sobre el neokeynesianismo. Por las mismas razones, preferimos referirnos a *la casta*, esto es, a las elites privilegiadas que han secuestrado el poder de la gente. En España, al menos, parece que estratégicamente esta ha sido la única forma de nombrar algo que no estaba presente en el debate. Es cierto que estas opciones situadas en torno al punto medio dan lugar a ambigüedades, al menos, hasta que obtengamos el poder del Estado y de las instituciones, ya que existen dos momentos: el momento actual, que es un momento estratégico, para decirlo de alguna manera, y luego el momento del Estado; uno es inseparable del otro.

No obstante, deberíamos profundizar un poco sobre esto: en España, la deuda pública es realmente una deuda privada del sector bancario, la cual ha sido

asumida por el Estado. Los Gobiernos de Zapatero y Rajoy han forzado una reforma de la Constitución con el objetivo de acomodar las demandas de Merkel en relación con el límite máximo de endeudamiento y la derogación de la legislación laboral, todo como precio por el rescate, estimado en 100 millardos de euros, del sector privado del sistema bancario español. Estos miles de millones salen de los recortes en pensiones, escuelas infantiles, hospitales, educación pública, empleo público y salarios. Detrás del PP, el PSOE y la casta se erige el bloque de los poderes e instituciones de la eurozona liderado por Alemania, que implementa las políticas de austeridad, y detrás de este, a su vez, se agazapan el Departamento del Tesoro estadounidense y Wall Street. España ha sido tratada de un modo infinitamente más amable que Grecia. Vilipendiar y castigar a los griegos como se ha hecho desde Berlín –algo moralmente despreciable– fue una decisión políticamente bien calculada. Pero la cuestión es la siguiente: ¿qué medidas concretas aplicará Podemos para alterar el equilibrio existente a favor de la mayoría de la gente y en detrimento del sector financiero?

Empecemos por Grecia. Nuestros camaradas griegos han desarrollado de alguna manera una estrategia similar en un contexto ciertamente diferente. Su estrategia se compone de dos elementos fundamentales. El primero responde al intento de Syriza de reconstruir su propia institucionalidad gubernamental, que había sido completamente laminada y destruida, mediante la creación, por ejemplo, de condiciones básicas para efectuar una reforma fiscal, que permita determinados márgenes de acción al Estado para implementar políticas públicas que reparen el tejido social y reconstruyan los vínculos destruidos por las políticas de austeridad. El segundo elemento radica en la estrategia de la política exterior de Syriza, que ha tratado de generar contradicciones en el bloque hegemónico del Eurogrupo. Se produjeron algunos tímidos intentos, especialmente al inicio, de criticar la forma en que Alemania manejaba la situación con la esperanza de generar fisuras en el consenso dominante.

Nuestra estrategia sería diferente, dado que comenzaría por el reconocimiento de que España constituye el 13 por 100 del PIB de la eurozona, mientras que Grecia representa entre el 3 y el 4 por 100. Tomaríamos como punto de partida el hecho de que nuestro margen de acción sería mayor. Naturalmente, plantearíamos las mismas cuestiones sobre la reforma fiscal para incrementar el gasto público en inversión y políticas sociales, incluyendo las pensiones, y sobre la necesidad de concluir con la caída de los salarios a fin de contribuir al incremento del consumo. Solo desde esa posición, habiendo asegurado la base, estaríamos entonces

en condiciones de plantear la cuestión de la deuda a escala europea, dentro de un marco básico, por ejemplo, de restructuración de la deuda en función del crecimiento económico registrado en las diversas economías nacionales; y ello partiendo de la hipótesis de que únicamente una estrategia de alcance europeo sería capaz de plantear la cuestión de un paradigma alternativo real, que por el momento no existe, a las políticas de austeridad, la cual podría crear contradicciones en el interior del campo adversario y, especialmente, entre las fuerzas socialdemócratas. Somos plenamente conscientes de la inmensa resistencia con que ello se encontraría, antes que nada dentro de nuestro propio Estado y, a continuación, dentro del Eurogrupo. No obstante, si un país tan pequeño y débil como Grecia ha sido capaz de convertirse en un factor tan enorme de inestabilidad dentro de la eurozona, nuestra capacidad para crear contradicciones del mismo tipo –entre la socialdemocracia, si no entre las fuerzas populares– sería mucho mayor. Entenderían que el proyecto europeo no es compatible con las políticas de austeridad, lo cual abriría el espacio político sobre la cuestión de la economía.

¿Te sorprendió la mano dura de Berlín con Grecia, exigiendo a Syriza que recortase las pensiones como condición para transferir el dinero que a la postre acabará en manos de los acreedores?

No me sorprendió por dos razones. La primera es que, a pesar de que Grecia es un Estado débil, su Gobierno desafía y cuestiona abiertamente el modelo de gobernanza impuesto en la UE bajo la hegemonía alemana, de modo que el desafío no se corresponde con el tamaño del país. La segunda razón estriba en que efectivamente Podemos es también ahora un actor y que se trata de una fuerza que plantea ese desafío en la cuarta economía de la eurozona. Nuestros camaradas griegos nos dijeron que el hecho de que nosotros recibamos tanto apoyo en las encuestas no era necesariamente bueno para ellos, dado que cualquier resultado conseguido por el Gobierno de Syriza sería visto como un estímulo para Podemos, como una inyección de oxígeno para nosotros. Su propósito no es, pues, simplemente bloquear los esfuerzos del Gobierno griego, sino clausurar la posibilidad para otros contrincantes como nosotros. Presionar a Syriza es también presionar a Podemos a fin de mostrar que no hay alternativa. Constantemente se repite en España: «¿Tu quieres votar a Podemos? Mira lo que sucede ahora en Grecia».

Desde nuestro punto de vista Tsipras ha sido muy inteligente tratando de crear la imagen de una Alemania aislada cuyos intereses, incluso en

política exterior, no se corresponden necesariamente con los del conjunto de Europa. Esto es lo que él ha tratado de hacer con Francia e Italia, con un éxito limitado, pero también en su política de relación con el Este, para poner de manifiesto que los intereses de Alemania no son necesariamente los mismos que los de la Unión Europea. Las visitas fueron una manera inteligente de sugerir que pueden existir otros Estados en Europa para los cuales la alianza con Alemania no es tan beneficiosa. Por todo ello, no resulta sorprendente que Alemania sea un negociador tan duro.

Volvamos a España. Una peculiaridad política la encontramos en la cuestión nacional. Los centros capitalistas más ricos y más avanzados, Cataluña y el País Vasco, se hallan, a causa de la cuestión nacional, distanciados de la burguesía de Madrid, y se constata, por lo tanto, la existencia de una burguesía española debilitada, si la observamos en su conjunto. ¿Qué oportunidades crea ello en términos de ruptura del régimen?

La cuestión nacional es probablemente el asunto más importante no resuelto por el Régimen del 78, que en cambio ha logrado ofrecer desde entonces diversas soluciones temporales, tanto en términos discursivos como prácticos, a los muchos problemas heredados de la dictadura franquista, incluyendo la cuestión social, habiendo sido los Pactos de la Moncloa la forma en la que el mencionado Régimen cerró esos asuntos pendientes. Así, pues, este dejó sin resolver la cuestión nacional –fundamentalmente en Cataluña y en el País Vasco, y con menos intensidad en Galicia–, lo cual ha generado innumerables problemas desde entonces sin haber hallado una solución definitiva hasta el día de hoy, lo cual representa una contradicción evidente en el marco del acuerdo del 78. Durante los últimos años, el conflicto en el País Vasco, que era esencial para el régimen, ha perdido parte de su crucial importancia a causa del alto el fuego y posterior abandono de la lucha armada por parte de ETA, pese a que todavía permanecen encarcelados entre cuatrocientos y quinientos presos en cárceles situadas a centenares de kilómetros de sus familias.

Todavía es un problema político trágico. Pero mientras la cuestión vasca perdía centralidad, la cuestión catalana adquirió más y más importancia. Hasta el surgimiento de Podemos en 2014 Cataluña constituía el aspecto más visible y articulado de la crisis del régimen, habiendo provocado intervenciones contradictorias explícitas en el bloque dominante, como cuando el Tribunal Constitucional derogó la reforma del Estatuto de Autonomía que Zapatero había acordado con las autoridades catalanas, lo cual encendió sentimientos de indignación en Cataluña.

Fue una resolución insólita. ¿Cuál sería la explicación? ¿Una decisión de tipo político?

Sí, probablemente. Zapatero sabía que había ganado las elecciones de 2004 gracias a Cataluña. Y desde aquella decisión del Tribunal Constitucional de 2010, que ayudó a hundir políticamente al Partido Socialista en Cataluña, el PSOE nunca ha ganado la mayoría necesaria de votos en unas elecciones generales, ya que necesita de dos regiones (Andalucía y Cataluña) para ser la fuerza hegemónica; Zapatero debió de ser consciente del hecho de que, sin la última, sería imposible ganar otra vez. Esto explica probablemente el porqué de su gesto de apoyo a una mayor autonomía catalana, que otorgaba mayores márgenes de acción a aquel proceso, algo que la derecha sencillamente no aceptaría. Fue un gran revés para el PSOE, que ahora batalla para mantener su presencia como partido nacional, habiéndose convertido en una fuerza marginal en Cataluña. La decisión del Tribunal Constitucional, y la forma en la que el Partido Socialista retrocedió ante ella, fue un golpe mortal para la posibilidad de que el PSOE gane de nuevo unas elecciones generales. Por esta razón Cataluña es tan importante para nosotros.

Es cierto que el desafío catalán al Régimen del 78 ha perdido algo de su centralidad con la emergencia de Podemos, dado que nosotros ponemos la cuestión social, antes que la cuestión nacional, en la primera línea de nuestra impugnación del régimen. Cuando fui a Cataluña por primera vez, adopté una línea dura contra el nacionalismo de derecha, señalando que era lo mismo que el nacionalismo de derecha español. Dejé claro que nosotros apoyábamos el derecho soberano a decidir, pero también que la soberanía se traduce en escuelas y hospitales públicos, no en un proceso liderado por las elites derechistas. Ello provocó reacciones muy agresivas de la izquierda independentista catalana, que nos tildó de *lerrouxistas*, esto es, de básicamente progresistas, pero a la postre nacionalistas españoles. Lo que yo he tratado de argumentar una y otra vez es que la cuestión social se sitúa en el centro de la crisis del régimen y que la cuestión nacional no puede ser ni entendida ni solucionada al margen de ella. Probablemente esto explica nuestro éxito en las encuestas en Cataluña. Resulta un fenómeno curioso que en las elecciones generales tal vez nos convirtamos en la primera fuerza política en Cataluña, lo cual explica en gran medida lo que allí sucede: Podemos gozaría efectivamente de una mejor posición para abrir un proceso democrático, que podría conducir a la solución del problema. Representa una cuestión

difícil para nosotros, ya que dentro de Podemos coexisten sensibilidades muy diferentes, incluso en Cataluña, entre federalistas, que desearían una relación diferente con España, e independentistas. Nuestra línea general sostiene que la única solución sería un proceso constituyente en el cual la cuestión nacional-territorial pueda ser discutida junto con otras cuestiones fundamentales de la vida pública, pero sabemos que ello requiere niveles de apoyo por ahora difícilmente imaginables.

¿Podríamos retomar la discusión a partir de lo que has dicho sobre el Régimen del 78? En Disputar la Democracia atacas de forma brillante al régimen y a sus principales pilares –la monarquía, los Pactos de la Moncloa, la Constitución, la manipulación de las circunscripciones electorales, el sistema bipartidista, la OTAN, etcétera– con Juan Carlos como un monarca tan detestado como Alfonso XIII. ¿Lo que apuntas aquí suena bastante amistoso con la Transición y con los Pactos de la Moncloa, con la única excepción de haber dejado la cuestión nacional irresuelta?

No he dicho que ello sea satisfactorio; he dicho que fue un éxito. Nuestra crítica política e histórica de la Transición ha estado siempre en contradicción con el innegable hecho de su éxito social, con la excepción de la cuestión nacional. Es posible desenmascarar la lógica del acuerdo por arriba entre las elites franquistas y las entonces nuevas elites políticas y económicas (la impunidad y demás cuestiones correlacionadas), pero, una vez desenmascarada, aun deberíamos enfrentarnos al problema del enorme apoyo social dado a ese proceso, que se mantiene a día de hoy. La benigna imagen pública de la monarquía es un ejemplo de ello. Esto quiere decir que la crisis del régimen no se enmarca en una crítica a la Transición efectuada tras la muerte de Franco; no podemos utilizar tampoco los análisis de la Transición, que hemos estado elaborando durante años, para explicar lo que está sucediendo. Lo que hacemos es colocar la gestión neoliberal del sistema económico como centro de nuestra explicación de la crisis. Debemos admitir que la crisis no tiene nada que ver con la Transición, sino con la gestión neoliberal efectuada por el *establishment* político español. Esto es, la desafección hacia el régimen político no se vincula a la memoria histórica de lo ocurrido durante la Transición, sino a ingredientes completamente nuevos, lo cual nos obliga a reconocer algo verdaderamente triste, que la crisis en España no puede ser interpretada en términos izquierda-derecha, como hice en mi libro al analizar la transición posfranquista. En consecuencia, cuando criticamos a los partidos del régimen, el PP y el PSOE, no podemos utilizar el registro izquierda-derecha, que yo elaboré acerca de la Transición;

tenemos que utilizar los nuevos ingredientes que nos dio el movimiento 15M –los indignados–, lo cual también revela la derrota histórica e ideológica de la izquierda en los últimos treinta y cinco años en España. Esto es, el discurso, o el razonamiento, que yo empleé para explicar la Transición en *Disputar la Democracia* no sirve para elaborar un discurso político en las condiciones actuales.

Pero sigue siendo llamativo que mucha gente en España discuta sobre la Transición de 1975-1978 y la crisis del Régimen del 78. Hagamos la pregunta de otra forma: ¿por qué el Movimiento del 15M se focalizó en cuestiones políticas, sobre la «democracia real», cuando lo que parecía estar en juego era la crisis económica?

Resulta altamente complicado, en un movimiento de politización de la crisis, visualizar un enemigo que no sea concreto. Solo poca gente, dotada de altos niveles de politización e imaginación teórica, puede ser capaz de decir que el problema se llama capitalismo. Si imaginamos un movimiento social de centenares de miles de personas, resulta difícil concebir de qué modo una palabra como *capitalismo* podría encarnar al adversario del movimiento: lo lógico es tomar a las elites como la personificación concreta de la crisis. Es normal que esto suceda de esta forma. Podemos haber dicho reiteradamente que el poder de las finanzas constituye el origen de un sistema de gobernanza, que nosotros llamamos corrupción, en el que quienes ejercen el poder no son los que se presentan a las elecciones. Esta fue la intuición política del movimiento de las plazas desde sus comienzos. Se construyó con la idea de «ellos», como unidad indiferenciada de elites políticas y económicas, que no partía, naturalmente, de refinados análisis histórico-materialistas, sino que provenía de una interpretación política lógica, y que ejerció un enorme poder de atracción a la hora de llevar a la gente a las plazas e identificar a los responsables del actual estado de cosas.

La composición de esos movimientos adquirió mucha importancia, siendo los sectores predominantes las clases medias empobrecidas. Las plazas no fueron organizadas ni hegemonizadas por las organizaciones de la clase obrera, sino por los sectores que se hallaban más desprovistos de representación política o sindical. Esto obviamente concuerda con la afirmación de Laclau de que es difícil imaginar la emergencia de movimientos de este tipo en un espacio político con una izquierda y con organizaciones sindicales fuertemente articuladas. Solo en la tierra

devastada, que la derecha neoliberal dejó en España mediante la destrucción completa de los espacios sociales vinculados a la izquierda, podía un movimiento como este tener poder de atracción. Si analizamos el movimiento regionalmente, el 15M se desarrolló de forma robusta en sitios como Madrid y Valencia, donde veinticinco años de hegemonía del PP habían destruido las instituciones públicas, pero de forma más débil en el País Vasco o en parte de Cataluña, donde la izquierda y los sindicatos son fuertes y donde existía una cultura política alternativa para interpretar y organizar la respuesta.

¿No fue el 15M fuerte en Cataluña?

En Barcelona, no en Cataluña. No son la misma cosa.

¿Te sorprendió el 15M?

Absolutamente. En nuestro programa de televisión, solo unas semanas antes, discutíamos sobre las revueltas árabes, llegando a la conclusión, más bien pesimista, de que la crisis económica creaba agitación política y movimientos sociales en otros espacios geopolíticos, pero no en España. Como he dicho, el movimiento 15M colocó ante el espejo a la izquierda española, mostrando que los partidos de izquierda tradicionales no tenían nada que ver con la emergencia de estos movimientos y que sus líderes tenían enormes dificultades para comprender lo que estaba sucediendo. Algunos de ellos incluso reaccionaron con ira —«¡Yo he sido un indignado durante los últimos treinta años! ¿Dónde estaban ellos entonces?»—, creyendo que quienes protestaban se estaban uniendo a un espacio político ya establecido, sin comprender que se trataba de un nuevo movimiento que precisamente era consecuencia de sus errores para articular tal cosa.

¿Cuál era la base sociológica del movimiento 15M? Los análisis de aquel entonces sugerían que el estrato clave se correspondía con los estratos bien formados de las clases medias, pero semiproletarizados, empleados en el sector servicios; dicho de modo arquetípico, jóvenes licenciados trabajando en centros de atención telefónica.

No existen estudios sociológicos que señalen con precisión la composición del movimiento, al menos que yo conozca, y resulta muy difícil establecer tal perfil. Como politólogo, yo afirmaré que corresponde a la

tendencia general: trabajadores jóvenes empleados en sectores sin una fuerte presencia sindical, identificados de una manera muy laclauiana con posiciones plebeyas o subalternas, como consecuencia del hecho de que crecieron durante la larga burbuja inmobiliaria creyendo en una identidad social basada en niveles altos de consumo y que, después de la crisis, fueron expulsados a posiciones de vulnerabilidad y de fragilidad social. Pese a la complejidad social de la composición del 15M, estas clases medias empobrecidas formaron los estratos más representativos. El movimiento fue mucho más allá de lo que lo hicieron las primeras huelgas generales contra la austeridad, lideradas por los trabajadores organizados de los servicios públicos y de la clase obrera industrial. El movimiento 15M de las plazas evidenciaba que los sectores plebeyos de la sociedad española se sentían incómodos con los símbolos de la izquierda, especialmente durante los primeros días. La bandera republicana creaba mucho malestar, algo que nosotros no comprendimos en un primer momento. No obstante, era suficiente pasar solo un rato en las plazas para darse cuenta de que la composición social difería en mucho de la propia de las huelgas generales, que representaba una cultura política muy distinta.

¿Existía también una diferencia generacional?

El 15M era una mezcla, aunque predominantemente lo formaba gente muy joven.

Lo que realmente resultó impresionante después del 15M fueron las Mareas, las olas de organización espontánea contra las medidas de austeridad de la eurozona: el movimiento antidesahucios, los trabajadores y trabajadoras de los hospitales, los docentes y otros colectivos profesionales. ¿Cuál fue la extensión de todo ello en España?

Una de las mayores riquezas de legado del 15M, en un proceso extraordinariamente veloz de acumulación política, fue esta cultura de movilización, que ofreció a los movimientos sociales una cierta forma de actuar. Las Mareas eran, con toda probabilidad, menos masivas numéricamente que el 15M, pero sus métodos demostraron ser mucho más eficaces. Existían tres movimientos principales: la red antidesahucios, la PAH [Plataforma de Afectados/as por la Hipoteca]; el movimiento de la Marea Blanca, constituido en defensa de la sanidad pública; y la Marea Verde, surgida en defensa del sistema de educación pública. Todas ellas

mostraron una tremenda capacidad para hablar de cuestiones relativas a las políticas públicas de modo muy concreto, lo cual constituyó una forma clara y precisa de discurso público. Otra importante función histórica radica en el hecho que las Mareas fueron campos de entrenamiento, una especie de escuela para cuadros políticos. Muchos de quienes adquirieron allí experiencia de liderazgo vinieron luego a formar parte de Podemos; los principales cargos del partido han sido ocupados por gente proveniente de los movimientos sociales. Fue un resultado natural: el movimiento 15M politizó la sociedad civil, luego le siguió este proceso de formación activista, y ello llevó al siguiente paso: dar al movimiento una expresión política y electoral.

Sobre la formación de Podemos, ¿por qué escogisteis ese terrible nombre, que tiene resonancias con el banal lema de la campaña del Partido Demócrata estadounidense?

¡Es un buen nombre! Proviene del movimiento de masas: «¡Sí se puede!» es el eslogan de la PAH, el movimiento antidesahucios. En castellano, Podemos funciona realmente bien. Lo utilizaron dos partidos latinoamericanos, uno de izquierda y otro de derecha, en Bolivia y en Venezuela antes de que Obama lo hiciera suyo. Y el primer presidente negro de la historia de los Estados Unidos goza de bastante popularidad en España. También lo utilizan algunas empresas de marketing, que lo han probado y les parece muy exitoso. Puede verse en todos los formatos de la publicidad, lo cual no nos viene mal en absoluto.

Sobre la gestión de la crisis de los partidos establecidos, ¿fue el PSOE de Zapatero quien inició el programa de austeridad?

Sí, en 2011. Zapatero fue seguramente el presidente socialista que más lejos llegó en las reformas pro derechos civiles e incluso en política exterior, fundamentalmente en relación con Estados Unidos, retirando las tropas españolas de Iraq, pero enviándolas, sin embargo, a Afganistán. Desde el inicio, no obstante, fue bastante tímido en cuestiones sociales. Pero el punto de inflexión llega en setiembre de 2011, cuando llega a un acuerdo con el Partido Popular para modificar el artículo 135 de la Constitución a fin de introducir un techo de déficit en los niveles de gobierno nacional, regional y municipal. Cristalizó en ese momento una efectiva Gran Coalición, que se hizo visible para el conjunto de la sociedad. La fórmula tuvo el mismo efecto devastador sobre el PSOE

que anteriormente había tenido sobre otros partidos socialdemócratas europeos, desde la Tercera Vía de Blair a la Agenda 2010 de Schröder. Mostró que era imposible para esta nueva versión del socioliberalismo mantener la apariencia de un gobierno alternativo bajo el paradigma de la austeridad. Sin el cuestionamiento de ese paradigma, el espacio para un proyecto socialdemócrata como alternativa simple y llanamente había colapsado.

Incluso cuando los socialistas del PSOE intentan salirse de la trampa discursiva, se enfrentan a contradicciones insostenibles. Por ejemplo, tomemos un caso práctico: el otro día me reuní con un grupo llamado Economistas contra la Crisis. Su composición es bastante heterogénea, pero mayoritariamente forman parte del mismo economistas cercanos al Partido Socialista. Han confeccionado colectivamente un programa económico de sentido común y pretendían que la totalidad de la izquierda, del PSOE a Podemos, pudiera unirse en torno al mismo. Leo el programa y les digo: «Si este es el programa, puedo negociar de inmediato con el Partido Socialista, podríamos gobernar juntos mañana mismo». No obstante, sé muy bien que sería absolutamente imposible para el PSOE llevarlo a la práctica. Existe mucha gente, incluso entre los economistas del PSOE, que entiende que el paradigma de la austeridad es impracticable, pero el propio partido es incapaz de salirse de ese modelo.

El PSOE gobernó durante años con un modelo económico basado en el incremento de los precios de los activos inmobiliarios y en las burbujas crediticias. ¿No es responsable en primera persona del crac económico?

Absolutamente. Sin embargo, la ironía es que el Partido Socialista creó las condiciones materiales para un modelo económico de gobernanza que permite la hegemonía del Partido Popular. Pese a tener que gestionar los efectos colaterales de la crisis desde 2011, el PP se ha mostrado más resistente a las consecuencias de este fracasado modelo económico. Todos los sondeos, con la excepción de Andalucía, que es un caso especial, muestran que el PP está obteniendo mejores resultados. El PSOE creó las condiciones en las que su presunto adversario ha obtenido éxito.

¿Cómo cartografiarías la geografía de la austeridad en España?

Primero existe una geografía vertical de la desigualdad, que es inmediatamente visible en las ciudades de España. En Madrid, encontramos

diferencias de más de siete años de esperanza de vida entre distintos barrios: la misma diferencia que existe entre España y México, pero *dentro* de la misma ciudad. Ello también se reproduce entre regiones, constatándose, por ejemplo, diferencias enormes entre los niveles de vida de Andalucía y Extremadura comparados con los del País Vasco. En Valencia, el PP ha implementado políticas que combinan gastos masivos en grandes proyectos de infraestructura –eventos deportivos y edificios suntuosos construidos mayoritariamente a través de la corrupción–, mientras que los chicos y chicas de las escuelas públicas estudian en estructuras prefabricadas, sin calefacción, siendo la deuda per cápita de la región una de las más elevadas de Europa. Esto se corresponde con la imagen perfecta del modelo de gobernanza de la derecha neoliberal.

¿Y Asturias?

Asturias ofrece un espacio político fascinante, no solo a causa de su historia y su mítico estatus para la tradición de la izquierda, sino por la complejidad de sus relaciones sociales. Es el hogar de los últimos remanentes del sistema industrial, que todavía existe allí, pero también de una composición social que supone un ejemplo perfecto de los cambios que hemos venido señalando. Asturias se convirtió en uno de los lugares en los que la cultura política manifestada en las plazas fue más fuerte, y no es casualidad que sea uno de los sitios –probablemente *el sitio*– donde Podemos mejor se organiza. El gobierno regional lo ejerce actualmente el Partido Socialista, con apoyos externos de la izquierda, pero no en coalición. Presenta una alta complejidad. Las organizaciones tradicionales de los trabajadores, fundamentalmente los sindicatos, todavía son fuertes, pero al mismo tiempo las nuevas culturas políticas organizativas ganan más terreno e implantación allí que casi en ningún otro sitio. Fue la región donde Podemos obtuvo sus mejores porcentajes en las elecciones europeas de mayo de 2014, sin tener entonces estructura de ningún tipo, y las encuestas invitan a pensar que podríamos hacerlo bien allí en las próximas elecciones autonómicas y municipales.

¿Y Aragón?

Aragón se corresponde con un paisaje más tradicional en términos políticos. Existe una gran diferencia, incluso una contradicción, entre la política de Zaragoza, la capital, donde encontramos una enorme concentración de población, y el resto de la región. Zaragoza ha tenido un alcalde socialista

durante un largo periodo de tiempo, mientras que el resto de Aragón muestra sus propias dinámicas, con un partido regionalista con características muy peculiares. En condiciones normales, sería una sorpresa para Podemos cosechar un buen resultado allí, pero nuestro candidato es Pablo Echenique, el científico, muy admirado por su coraje, que tiene un perfil público único y atractivo transversal. El paisaje político se modifica muy rápidamente, siendo difícil la predicción de los efectos de la transformación, pero podría ser uno de los escenarios de la misma.

¿Y las dos Castillas?

Tradicionalmente, el patrón de votos tanto en Castilla-La Mancha como en Castilla y León ha sido una representación cuasi perfecta del bipartidismo en España, un sistema puro de dos partidos: lo que uno ganaba se convertía en pérdidas para el otro. Castilla-La Mancha ha sido siempre una región profundamente conservadora, aunque tuviera presidentes socialistas, cuya virtud, por decirlo de alguna manera, era la capacidad de capturar el voto conservador.

¿Lo que los estadounidenses llaman blue dogs?

Exactamente. Pero desde 2011 la secretaria general del PP, Dolores de Cospedal, es la presidenta de Castilla-La Mancha. La cuestión estriba, por lo tanto, en si Podemos será capaz de desafiar esa lógica bipartidista; los efectos de tal ruptura son difíciles de prever. Estas regiones se corresponden con lo que ellos llaman la Castilla profunda, el núcleo de la España conservadora. El conjunto de la región tiene poca población, debido a las contradicciones en el modelo de desarrollo. A diferencia de Italia, por ejemplo, donde existen muchos pueblos de tamaño medio, en España encontramos una alta concentración de población en unas pocas grandes ciudades y vastas áreas infrapobladas, como las Castillas. Históricamente, la red de comunicaciones y transporte ha presentado una alta centralización, exacerbando el desarrollo desigual de la región. Otro rasgo que merece la pena destacar es que las dos Castillas eran regiones que se contaban entre las principales destinatarias de los fondos europeos de desarrollo, cuya supresión ha tenido consecuencias negativas para ambas comunidades autónomas. Las tasas de desempleo son muy elevadas.

La distribución de los costes de la crisis ha sido extraordinariamente desigual, concurriendo en la misma diversos factores –burbujas

inmobiliarias en la costa, derroche en infraestructuras corruptas, alto paro estructural–, lo cual nos ofrece una cartografía que apunta a lo que David Harvey llamaría el desarrollo geográfico desigual. Regiones como Andalucía, Extremadura y, presentando un perfil ligeramente diferente, las islas Canarias, con una alta dependencia de la industria turística, han pagado el precio más alto. Murcia ha sido muy dañada: su modelo agrícola se basaba en la afluencia del trabajo barato, provenientes de sitios como Ecuador y el norte de África, por lo que existían muchos trabajadores inmigrantes. Ahora el paro es muy alto y los desahucios han sido constantes, lo cual explica que la PAH haya sido en Murcia realmente muy importante a causa de la situación de la población inmigrante en la región. Se conforma, por consiguiente, una crisis compleja con diferentes facetas; la situación es particularmente dramática en las regiones donde golpeó más duramente. Estos son los factores: turismo, industria, agricultura; y todo lo que queda entre medias, básicamente, padeció.

El País Vasco, ¿ha sufrido tal vez menos la crisis?

El País Vasco no solo tiene los niveles más altos de crecimiento y progreso económico de España, sino que también, para sorpresa de muchos, las políticas sociales más avanzadas. Se han realizado experimentos con la renta básica y con las ayudas a la vivienda y al transporte; políticas todas ellas ampliamente redistributivas que han creado no una isla de bienestar, pero sí ciertamente la región con los niveles más altos tanto de prosperidad como de igualdad social. Paradójicamente, la fuerza política allí predominante durante los últimos treinta y cinco años ha sido el católico y conservador Partido Nacionalista Vasco; todo lo mencionado es indisociable allí de la evolución de la cuestión nacional. De todos modos, también se produjeron compromisos históricos con la izquierda. Pero incluso cuando la gran coalición del PSOE y el PP gobernó desde 2009 durante un corto periodo tras proscribir y expulsar a los partidos *abertzales* –la izquierda nacionalista vasca– de las instituciones, tales políticas igualitarias no se vieron modificadas. La ciudad de Vitoria, que ostenta el nivel de vida más alto de España, ha tenido un alcalde del Partido Popular durante los últimos treinta años y la ciudad es muy avanzada socialmente. Creo que ello tiene que ver con la región, con los sindicatos y con la cultura –el sistema de cooperativas, Mondragón–, etcétera.

¿Cómo le va a Podemos allí? Dijiste que el 15M no se desarrolló en el País Vasco.

Es sorprendente, incluso para nosotros, pero Podemos se ha convertido ahora en un fuerza política importante en el País Vasco, incluyendo Navarra, donde las encuestas nos consideran la primera o segunda fuerza. Resulta difícil precisar las razones exactas, ya que nosotros recogemos votos de procedencias muy variadas en el País Vasco: del Partido Socialista, de organizaciones de izquierda, de nacionalistas y de otros partidos políticos e ideologías. Podemos está presente, por consiguiente, en todas las comunidades autónomas, y no de forma más débil en Cataluña, el País Vasco o Galicia. De hecho, en esta comunidad autónoma Podemos está en la parte alta de las encuestas. En las elecciones europeas de 2014 no hicimos campaña en el País Vasco, pero tuvimos exactamente los mismos resultados que en otras regiones, incluso teniendo en cuenta que existían más partidos políticos que se presentaban a las elecciones.

¿Cómo determinará Podemos su política de pactos después de las elecciones municipales y autonómicas del 24 de mayo?

Se trata, ante todo, de un problema estratégico para nosotros, dado que nuestro objetivo fundamental –y hemos sido muy claros al respecto– son las elecciones generales de noviembre de este año. Por ello cada decisión y cada situación debe analizarse a la luz de la posición en que nos situaría para las inminentes elecciones generales. Al mismo tiempo, sin embargo, existe un deseo político de cambio generalizado y ello da lugar a situaciones en las que uno debe comprometerse en esa línea. Hay una cuestión de números, naturalmente, pero detrás de los números surge la pregunta de qué capacidad tenemos para presionar a los demás. Cuando nos preguntan: «¿Pactaréis con el Partido Socialista?», siempre respondemos: «Los socialistas deben dar un giro de 180 grados». Sabemos que dentro del PSOE existen básicamente dos tendencias. La primera corresponde a una lógica sistémica, o una lógica de régimen, que entiende que su principal prioridad debe ser pararnos, poner fin a este movimiento, lo cual, en su opinión, tomaría forma a través de una gran coalición con el Partido Popular o con Ciudadanos. La segunda corresponde a una lógica de partido, que entiende que una dinámica de ese tipo causaría la implosión del PSOE y daría a Podemos espacio para crecer. Nuestra política de pactos dependerá, por lo tanto, de los números y de nuestro análisis de la situación, teniendo en cuenta nuestra habilidad para explotar estas contradicciones de forma productiva en el campo de nuestros

oponentes, especialmente si, como todas las encuestas sugieren, nos movemos hacia un sistema de cuatro partidos con porcentajes situados entre el 15 y el 25 por 100.

¿Y dónde se tomarán las decisiones? En Andalucía, Teresa Rodríguez, la líder regional de Podemos, parece estar a cargo de las negociaciones.

En Andalucía no se trata de coaliciones para formar gobiernos, simplemente se trata de permitir, o bloquear, la investidura del Gobierno regional del PSOE, ante la cual hemos establecido tres condiciones para la discusión. Primero, pedimos la renuncia de los dos anteriores presidentes de Andalucía por sospecha de corrupción: uno es diputado en el Congreso y el otro forma parte del Senado. La segunda condición es que el Gobierno andaluz no firme ningún contrato con las entidades financieras que ejecutan desahucios sin ofrecer una vivienda alternativa para las familias. Y la tercera es la reducción del número de altos cargos de confianza con el objetivo de permitir la readmisión de todo el personal de las escuelas y hospitales que fue despedido durante la crisis. Esto no es un programa de gobierno: son simplemente tres condiciones para no oponernos a la investidura, dado que nosotros no tenemos el número de votos que el Partido Socialista tiene; nuestro margen es muy restringido. Lo que tratamos de hacer es asegurarnos de que cada apoyo institucional de Podemos –incluso en términos negativos, como el de no bloquear la formación del nuevo Gobierno–, tenga traducción inmediata en medidas sociales que puedan indicar la viabilidad del cambio. No obstante, me parece que será muy difícil llegar a un acuerdo en Andalucía antes de las otras elecciones autonómicas que tendrán lugar en España en el mes de mayo. El Partido Socialista nos lo pone difícil. Todas estas medidas tienen coste cero. No implican ni un céntimo adicional de gasto público.

Entonces, ¿quién tiene el poder último para decidir sobre cuestiones como la política de pactos?

Las actuales negociaciones en Andalucía las lleva la dirección regional del partido, como sucederá igualmente en otros lugares. Sin embargo, acordamos en nuestra Asamblea Constituyente fundacional que todas las decisiones estratégicas de este tipo habrían de ser tomadas de acuerdo con nuestro objetivo prioritario, las elecciones generales. Se necesita, pues, un acuerdo entre todas las instancias de la organización; lo mismo se aplicará también en el resto de comunidades autónomas. Además, en el caso de

formación de coaliciones de gobierno reales, la Asamblea Constituyente de Podemos acordó que, antes de entrar en cualquier gobierno, se requeriría la votación de los miembros de Podemos para aprobarlo o no.

¿De todos los miembros de esa región?

Sí, según la escala del gobierno o de la elección: municipal, regional, nacional. Pero todo el mundo puede votar, la inscripción es abierta.

¿Cómo son escogidos los candidatos de Podemos?

Elecciones primarias abiertas a través de voto *on line*: cualquiera puede participar, solo necesita tener la aprobación de uno de los círculos locales o sectoriales de Podemos, y todos los miembros votan. En las elecciones del 24 de mayo probaremos un nuevo escenario: candidatos electorales sin perfil mediático, considerando que uno de los rasgos de Podemos hasta el día de hoy ha sido la enorme visibilidad en la esfera mediática de nuestros líderes. Será, por consiguiente, un primer test para la marca, por decirlo de alguna manera, de Podemos: trabajar con candidatos que provienen de la sociedad civil, que disponen de perfiles profesionales muy sólidos, por ejemplo, pero que no han tenido exposición pública alguna hasta el momento. Así que veremos cuánta adherencia tiene la marca – ciertamente, *marca* es una palabra horrible, pero se entiende el sentido–, veremos cuánta fuerza tiene, cuando los candidatos no son famosos.

Por lo tanto, a diferencia de la mayoría de los partidos políticos, la selección de los candidatos queda hasta cierto punto fuera de tus manos. ¿No sabes quiénes serán?

No ha habido grandes sorpresas. Sistemáticamente, las primarias han producido candidatos que ya disponían de perfiles activos y que habían trabajado muy duro dentro de las diferentes estructuras de Podemos, de modo que el método ha sido bastante honesto en sus resultados. El hecho de que nosotros no conozcamos a algunos de nuestros candidatos o cuadros se explica porque somos una organización muy joven, que crece tan rápido que ocasiona la multiplicación de nuestras estructuras. Y naturalmente existe gente en todos los sitios que nosotros no conocíamos antes, pero casi siempre es gente que ha crecido en Podemos y que ha tenido un rol activo en la organización. No hay aleatoriedad al respecto ni grandes sorpresas. Ellos surgieron de las mismas experiencias que nosotros. Ellos son Podemos.